CONQUISTA ESPACIO

BRUGUERA

BOLSILIBROS

FUTURO

LOS ANDROIDES NO SANGRAN

Ralph Barby

CIENCIA FICCION



CONQUISTA ESPACIO

BRUGUERA

BOLSILIBROS

FUTURO

LOS ANDROIDES NO SANGRAN

Ralph Barby

CIENCIA FICCION







La conquista del ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

1. — La caída del dios Urdung, *Ralph Barby*.
2. — Desertores del futuro, *Clark Carrados*.
3. — 10, satélite de castigo, *Ralph Barby*.
4. — Agonía de un planeta, *Ralph Barby*.
5. — Puertas al infinito, *Clark Carrados*.

RALPH BARBY

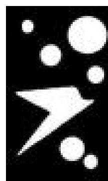
LOS ANDRIODES

NO SANGRAN

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.
° 718

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA —BOGOTA —BUENOS AIRES —
CARACAS —MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 22.947-1984

Impreso en España Printed in Spain

1.a edición en España: agosto. 1984

1. a edición en América: febrero. 1985

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL **BRUGUERA, S. A.** Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A**.

Parets del Valles(N-152, Km 21.650) - Barcelona – 1984

CAPÍTULO PRIMERO

Tenía todo el derecho a divertirse como le diera la gana, aunque había decidido no meterse en más problemas. Ya había sido advertido por el Gran Consejo de la Confederación Galáctica y si hacía caso omiso de tales advertencias, corría el riesgo de ser procesado y condenado a un planeta helado del que no podría escapar jamás, un planeta helado donde seguramente moriría y desaparecería para siempre.

Juny era un ser vital, un hijo de la Confederación Terrícola, un astuto aventurero del espacio.

Se fijó en el magnífico ejemplar de mujer que acababa de entrar

en el centro de ocio. Era una joven alta, vestía de blanco brillante y sus cabellos eran azules, largos hasta la cintura.

Era una hembra posiblemente mutante o cruzada, pero tenía las características generales de una terrícola, perfecta y atractiva.

Un individuo de la civilización de Ongon se le acercó. Era torpe y grosero. La mujer trató de evitarlo, pero él alargó sus brazos hacia ella tratando de retenerla.

Juny no lo pensó dos veces. Abandonó su butaca y se acercó al tipo de Ongon. Le puso una mano en el hombro y le preguntó:

—¿Cuántos dientes te quedan?

Aquel sujeto se volvió para mirarlo, entre sorprendido y despectivo. Había que tener en cuenta que los tipos de Ongon medían por encima de los dos metros y pesaban más de ciento cincuenta kilos según las medidas establecidas en la Confederación Terrícola. Ello les daba una clara superioridad física de la que los ongonitas solían abusar.

El puño de Juny dio en medio de la boca con doble hilera de dentadura, tanto en el maxilar superior como en el inferior. El puñetazo fue tan duro que el tipo de Ongon se vino abajo. La mujer se apartó, temiendo ser golpeada.

—¡Ahora verás, maldito terrícola, enano!

El ongonita se reincorporó lentamente, como preparándose para saltar sobre Juny que no era ni mucho menos bajo. Mediría medio metro menos que su contrincante, pese a que rebasaba el metro noventa de estatura.

No era fácil vencer a aquel individuo; Juny lo sabía, por ello aguardó su réplica y no esperó a que estuviera al alcance de su puño, sino que saltó para propinarle un taconazo de su bota en plena nariz que derribó por segunda vez al ongonita.

Varias mesas saltaron destrozadas y hubo gritos en el local. Había quienes se divertían con las peleas.

—¡Cuidado! —gritó la bellísima mujer.

Juny esquivó el golpe de otro ongonita que acababa de sumarse a la reyerta para ayudar a su hermano de civilización.

En unos instantes, la pelea se generalizó. Juny volvió a golpear al ongonita, esta vez con una silla, derribándole por tercera vez.

La mujer sacó una pistola minipolitronic y disparó contra el ser de Ongon que se disponía a partir la cabeza de Juny atacándole por la espalda.

—¡Aaag!

Juny tuvo tiempo de volverse y ver al ongonita convertido en una llamarada azul. Después, dio un salto como si tuviera alas y cayó sobre la pista de las danzas.

Hubo más disparos.

La mujer volvió a utilizar su minipolitronic, una pequeña pistola polivalente no demasiado efectiva a larga distancia, pero que resultaba muy contundente como arma defensiva a corta distancia.

—Será mejor que nos vayamos —le dijo Juny—. Esto se pone feo.

Un ongonita disparó su enorme pistola y el impacto hizo estallar la pared que Juny tenía a su espalda, abriendo un boquete en ella. El replicó disparando sobre el ser de Ongon y haciéndolo estallar en una cegadora llamarada.

—¡Vamos, hay que huir por aquí! —gritó Juny a la desconocida, cogiéndola por una mano y haciéndola salir del local de ocio por el boquete abierto por el disparo de uno de los ongonitas.

Cuando todavía estaban en los jardines que rodeaban el gran saloon del centro de ocio, se escucharon las ululantes sirenas de los aerodeslizadores y de los agentes autovolantes que en patrulla de a diez llegaban volando, impulsados por los monocohetes que llevaban a su espalda.

—Será mejor que nos vayamos por los bungalows. Si nos atrapan, nos meterán en las mazmorras.

Ella, jadeante, se dejó llevar.

La guardia del Consejo de la Gobernación del planeta Frontier actuó con contundencia, como era su estilo. Sabían que los seres de distintas civilizaciones, y por tanto, diferentes maneras de pensar que acudían al centro de ocio, iban armados y disparar contra la guardia

no era ningún problema para ellos.

Fue una verdadera batalla espacial.

Los disparos de las sofisticadas armas cortas, procedentes de las más diversas civilizaciones evolucionadas de la Galaxia, producían efectos demoledores. Las paredes se abrían y el fuego brotaba por ellas.

Un techo se hundió y varios agentes de la guardia de Gobernación fueron abatidos cuando todavía evolucionaban en el aire, impulsados por los monocohetes.

—Esto va a acabar muy mal —gruñó Juny.

—Qué ferocidad —opinó la joven.

Juny la empujó hacia los bungalows, estaban a punto de escapar al cerco de la guardia del Consejo de la Gobernación.

Los fugitivos se inflamaron en el aire. En una reyerta brutal como aquélla, nadie preguntaba si el otro tenía razón o no. Se disparaba a los fugitivos y se encarcelaba a los arrestados; luego, ya se vería si los jueces del Consejo de la Gobernación los soltaban, jueces de los que nadie se fiaba por lo fácilmente sobornables que eran.

—Van a destrozarlo todo —se lamentó la desconocida, jadeante por la carrera que llevaban.

—Si lo dices por el local, no te preocupes demasiado. Arrasarán este centro y funcionarán otros o se levantarán nuevos. El Consejo de la Gobernación habrá recibido sobornos de alguien y se aprovechan situaciones como ésta para demoler los locales que dan poco jugo o que estorban.

La joven no preguntó más. Miró hacia atrás y pudo ver el fuego y continuas explosiones; la reyerta proseguía.

Se deslizaron entre los bungalows y llegaron cerca de la orilla del gran lago donde moría la alfombra verde que lo cubría todo.

Juny se dejó caer de rodillas sobre la hierba y hundió su rostro en el agua. Su frescor le hizo sentirse mejor. Había estado a punto de sucumbir bajo los disparos de los ongonitas primero y los disparos cruzados que después se habían producido.

Sacudió la cabeza y se dejó caer hacia atrás. La mujer estaba a su lado, de pie, parecía extremadamente alta. Resultaba difícil que pasara desapercibida aun en la noche con aquel traje blanco brillante.

—¿Cómo te llamas?

—Ona.

—¿Ona? Está bien. ¿De dónde eres?

—De un lugar lejano.

—Como todos los que estamos en este planeta Frontier donde se asegura que hay orden, ley y justicia; sin embargo, has de llevar tu propia arma para defenderte.

Juny alargó su mano y tomó la de la joven. Jaló con suavidad para obligarla a arrodillarse junto a él.

—¿Estás sola aquí?

—No.

—¿Tienes algún hombre de tu civilización por aquí?

—No.

—Mejor. —Hizo una pausa. Miró los Ojos femeninos y le parecieron dos pedacitos de brillante cinabrio—, ¿Sabes besar?

—¿Besar?

—Sí, juntar los labios.

—¿Labios?

—Tu boca y la mía.

—¿Y cómo podrás respirar?

—Sólo es un instante. Acerca tu rostro al mío; yo te enseñaré.

Ona cedió con cierto temor. Juny la rodeó con un brazo, pasándoselo por detrás del cuello.

El terrícola notó que la bellísima mujer, procedente de alguna civilización ignorada para él, no sabía besar.

Entreabrió los labios femeninos con la punta de la lengua y le acarició los dientes, las encías. Se situó entre los dientes hasta conseguir separárselos y buscó con habilidad la punta de la lengua de ella que se mostraba reacia a participar en aquel juego desconocido, pero que no tardó en surtir el efecto que el hombre deseaba.

El cuerpo de Ona cayó sobre el de él. Juny notó los pechos firmes cediendo sobre su tórax y le hubiera gustado desnudarlos para comprobar si eran como los senos de las terrícolas, o con las variantes de las terrícolas mutantes, a causa de vivir lejos del planeta madre.

—Basta —pidió ella.

Se apartó de él y rodó sobre la hierba hasta quedar con sus ojos de color cinabrio brillante mirando hacia las estrellas.

—Me habían advertido que los terrícolas erais muy peligrosos.

—¿Cómo sabes que soy terrícola?

—Tú eres Juny, el terrícola, el hombre que desintegró el planeta Zalis.

—Me estoy dando cuenta de que sabes mucho sobre mí.

—Te propongo que vengas conmigo —dijo ella, volviendo su rostro hacia el hombre.

—Me encantaría irme contigo, eres muy hermosa, pero presiento que tú quieres algo más que pasarlo bien conmigo.

—Hay alguien que quiere contratarte.

—¿Contratarme? Oh, no, lo siento, estoy de vacaciones. Además, no me contrato con desconocidos. He decidido contratarme sólo con los de mi propia civilización.

—Serás gratificado espléndidamente por tus servicios.

—Oye, Ona, no habrás preparado tu espectacular entrada en el salón del centro de ocio para que yo me fijara en ti y termináramos como estamos, ¿verdad?

—Iba a buscarte, pero la intervención del ser de Ongon ha sido casual y, por tanto, todo lo que ha sucedido después.

—Qué alivio. Temí que se hubiera organizado todo el gran

destrozo y la aparición de la guardia del Consejo de Gobernación con sus aerodeslizadores blindados sólo para que tú pudieras causar un efecto especial sobre mí.

—¿Aceptas?

—Por muy hermosa que seas, lo siento, no acepto.

—Siento que me obligues a hacer esto.

Juny se volvió hacia ella, pero ya era tarde. Ona le estaba encañonando con la minipolitronic.

—¿Qué haces?

Ella oprimió el botón de disparo.

Frente a los ojos de Juny apareció un fogonazo amarillo que le cegó al tiempo que sentía un profundo dolor en su cerebro, justo en el centro de su frente. Después, nada.

CAPÍTULO II

Tuvo la impresión de hallarse en el centro de un combate espacial donde cientos de pequeñas cosmonaves le bombardeaban con sus disparos fotónico-intermitentes.

Tenía los párpados cerrados; sin embargo, sus retinas se llenaban de impactos de luz mientras su cuerpo giraba sobre aquella superficie circular que rodaba a gran velocidad mientras él permanecía tendido boca arriba, con la cabeza situada en el eje de aquella plataforma.

Tuvo deseos de gritar, pero apretó las mandíbulas. No iba a suplicar nada, no sabía siquiera a quién debía suplicar. Se sentía torturado. La fuerza centrífuga se hacía sentir dentro de su sistema sanguíneo y además estaban aquellos extraños bombardeos.

De pronto, semejó producirse una gran explosión y fue tan cegadora para Juny que sólo podría igualarla una supernova o, por lo menos, así se lo pareció a él. Después se hizo una profunda paz. La plataforma dejó de girar sobre su eje y no hubo más bombardeos fotónicos sobre su rostro. No había ruido alguno en torno a él, hasta el punto de que el silencio le impresionó, casi le dio miedo.

Juny giró sobre sí mismo y abrió los ojos. No estaba seguro de si aquella tortura había sido una realidad o una pesadilla. Miró hacia el techo y lo vio todo liso, iluminado homogéneamente con una claridad suave que tranquilizaba.

En el suelo había una circunferencia de color blanco, tan pegada al propio suelo que no parecía que pudiera haber estado girando.

Juny se levantó pesadamente, se sentía muy fatigado. Le faltaba fuerza no sólo en las piernas sino en todo su cuerpo. Era como si le hubieran sacado la mitad de su sangre, incluso su cerebro estaba torpe.

Avanzó hacia una puerta que vio ante sí y recorrió un pasillo hasta que llegó a una sala. Sobre una tarima a la que se accedía

subiendo cuatro peldaños igualmente enmoquetados en rojo, había un cilindro de cristal de algo menos de dos metros de altura y un metro de diámetro, como una extraña columna de cristal transparente.

Juny trataba de descifrar el significado del enorme cilindro de cristal, colocado en perpendicular al suelo y sostenido sobre una de sus bases circulares, cuando aparecieron dos bellísimas mujeres.

Una iba vestida de blanco brillante y sus larguísimos cabellos eran azules. La otra vestía de rojo, igualmente brillante, y sus cabellos púrpura estaban llenos de reflejos.

Ambas llevaban anchos cinturones con espectaculares hebillas que se ajustaban a sus cinturas Las piernas de ambas eran igualmente bellas.

Juny sólo reconoció a una de ellas.

—Ona.

—Sí, Ona, y ella es mi hermana Mixa.

Las miró a ambas, quería recordar, y sus recuerdos se disolvían en nebulosas que le provocaban una dolorosa jaqueca.

Sólo se acordaba de que había conocido a Ona, la cual le parecía maravillosa, y su hermana Mixa era igualmente bella. Ambas le observaban con curiosidad.

—¿Dónde estoy?

—En nuestra cosmonave —respondió Ona.

—¿Y dónde se halla estacionada?

Mixa hizo sonar su voz por primera vez.

—No nos hallamos estacionadas, sino de viaje.

—¿Viaje, hacia dónde?

—Nos dirigimos hacia el planeta Serpion —explicó Ona.

—¿Serpion? Es vuestro planeta, ¿verdad?

Mixa asintió.

—Es el planeta de la civilización a la que pertenecemos.

—Yo estaba en el planeta Frontier. ¿Qué diablos hago aquí?

—Eres nuestro invitado —le dijo Ona.

—¿Invitado? Ignoraba que hubiera sido invitado a viajar hasta el planeta Serpion.

—Recibiste un disparo fortuito en una reyerta que tuvo lugar en el centro de ocio del planeta Frontier —explicó Ona.

—¿Un disparo fortuito, una reyerta? Sí, creo recordar algo… Veo muchas luces dentro de mi cabeza. ¿Qué pasó?

—Hubo una pelea entre seres de distintas civilizaciones, nosotros estábamos allí. Aparecieron los guardias en aerodeslizadores blindados y comenzaron a disparar. Escapamos de milagro.

—No recuerdo bien. ¿Tú me salvaste?

—Tenía que hacerlo.

—Hasta hoy no me había salvado nunca ninguna mujer.

—No has de preocuparte —le dijo Mixa—, Será un viaje muy agradable para ti.

—¿Y qué voy a hacer en el planeta Serpion?

—Si te hubieras quedado en el planeta Frontier, te habrían matado —dijo Ona—. Tú disparaste contra la guardia del Consejo de Gobernación y estás identificado como un criminal peligroso.

Se sujetó la cabeza como queriendo extraer de ella la memoria que se negaba a aflorar desde lo más profundo de su cerebro.

—¿Y mi cosmonave, la he perdido?

—No —le dijo Mixa—. La llevamos a bordo.

—¿Tan grande es vuestra cosmonave que puede llevar a la mía en su panza?

—Sí, es suficiente. En nuestra civilización te repondrás y cuando te encuentres bien, podrás marchar adonde quieras o viajar hacia el planeta Tierra, que cuentan que es tan hermoso.

—Sí —admitió Juny—, es hermoso desde que, tras nuestra cuarta guerra planetaria, los supervivientes decidieron recuperarlo y hacerlo hermoso. No fue fácil, pero se consiguió. Ahora mi planeta es un paraíso. Las grandes factorías se hallan ubicadas en el espacio y los minerales los extraemos de otros planetas y asteroides.

—Sabemos que es un planeta hermoso —admitió Mixa—, pero también sabemos que no dejáis acercar a extraterrestres a vuestro paraíso.

—Es una medida de precaución. ¿Y vuestro planeta?

—Es un planeta azul también y muy hermoso —le dijo Ona—. Nuestra reina madre Serpiana te quiere dar la bienvenida.

El cilindro de cristal se iluminó de pronto. Adquirió una tonalidad rojiza primero y después fue palideciendo hasta aparecer una imagen tridimensional a tamaño natural.

Allí había una mujer cubierta con larga capa y la cabeza rodeada por una extraña corona hecha con serpientes entrelazadas, serpientes que eran de brillantísimo oro y piedras preciosas. Fulgurantes rubíes hacían de ojos de las serpientes.

Aquella mujer era una anciana de aspecto firme y duro, una anciana con mucha autoridad.

Ona y Mixa se inclinaron rápidamente. Juny dedujo que aquella mujer debía ser la reina de la civilización Serpion. El no se inclinaba ante nadie; por ello se mantuvo quieto en pie frente al cilindro dentro del cual parecía estar encerrada la reina.

El terrícola sabía que aquello no era más que una proyección de televisión holográfica y pensó que se debía a una técnica muy depurada, pues se hallaban muy lejos del planeta emisor. Quizá tuvieran repetidores-amplificadores instalados en otros planetas.

—Te reconozco, terrícola, tú eres Juny —dijo la reina Serpiana.

—Así es, majestad, soy Juny, el terrícola —respondió sin arrogancia. El cansancio que sentía era muy grande, sus músculos carecían de fuerza y la sensación de vacío en su cerebro no le gustaba nada.

—Juny, serás bien recibido en mi reino. Tendrás el tratamiento de embajador.

—Majestad, yo no soy embajador de la civilización planetaria a la que pertenezco. No tengo ningún cargo oficial y sólo me puedo representar a mí mismo.

—Tú representas a la especie terrícola y tengo muy buenos informes de vosotros, especialmente del hombre que desintegró el planeta Zalis.

—Aquello fue irremediable. No me gusta destruir planetas.

—He oído hablar mucho de ti, terrícola, por ello estás invitado a mi reino.

—Será un placer visitar su civilización —aceptó Juny.

La imagen desapareció dentro del cilindro y quedó de nuevo frente a Ona y a Mixa.

—Da la impresión de que todo estaba preparado para que yo hiciera este viaje. Sin embargo, parece deberse a la casualidad. ¿O no, Ona?

—Perdiste el sentido y mientras te transportábamos a esta cosmonave, he pasado la información a la reina Serpiana.

Su mente no estaba lo suficientemente clara como para hacer preguntas concretas y hallar respuestas a los problemas mentales que se le planteaban.

Ona y Mixa, que parecían muy informadas sobre lo que le ocurría al terrícola, se situaron a derecha e izquierda de él, y Ona le propuso:

—Sabemos que los terrícolas tenéis una gran afinidad con el agua.

—No todos —objetó Juny.

—Podrás disfrutar del estanque que tenemos.

—¿Un estanque a bordo?

—Sí, el agua está continuamente oxigenada —explicó Mixa.

El estanque era una piscina de forma oval, impresionante, paredes y fondo se hallaban forrados en oro. El agua estaba muy limpia.

—Puedes sumergirte en este agua, es especialmente estimulante

—¿Ahora?

—Sí, ¿por qué no? —dijo Ona.

—Bueno. —Se encogió de hombros y de inmediato preguntó—: ¿Por qué no os bañáis vosotras primero?

Mixa y Ona sonrieron. No dudaron en desnudarse, dejando sus ropas en unos triclinios blancos que había en la sala.

Juny pudo observarlas en su desnudez y toda la belleza que había imaginado poseían, apareció rotunda ante sus ojos.

Eran muy hermosas.

La diferencia con las mujeres terrícolas era que las areolas de sus pechos eran mucho más grandes y fuertes de color. El vello del pubis tenía el mismo color de los cabellos de la cabeza, por lo que cabía deducir que aquellos colores eran naturales.

La proporcionalidad de los cuerpos era magnífica y su elasticidad se hubiera podido calificar de felina.

Las dos se lanzaron al agua con un gran estilo. Se sumergieron y demostraron tener una gran capacidad de resistencia aguantando la respiración. Parecían delfines terrícolas. Juny podía verlas perfectamente merced a la transparencia absoluta del agua.

Súbitamente, se abrió una compuerta en una de las paredes y aparecieron dos larguísimas serpientes negras y no muy gruesas, su diámetro sería del tamaño de la muñeca de Juny.

Juny pensó que las dos bellas mujeres podían pasarlo muy mal ante la presencia de los reptiles y se zambulló para ayudarlas a luchar contra ellos, pese a que se sentía muy bajo de fuerza física.

Mas salió una tercera serpiente que fue hacia él. Se le enroscó rápidamente en torno al cuerpo sin que él pudiera impedirlo.

Juny comenzó a luchar con la serpiente, pero Ona, muy cerca de él, le dijo:

—Déjala, no te hará ningún daño. Son estimulantes.

El hombre quedó perplejo, no entendía bien. Eran atacados por

tres larguísimas serpientes que se enroscaban en sus cuerpos y había que dejarlas tranquilas... El había estado retorciéndole la cabeza sin conseguir descabezarla.

Se quedó quieto, sin hundirse, mientras el reptil (que no parecía guardarle rencor) se deslizaba lentamente buscando sus músculos.

No tardó en sentir una agradable relajación en su cuerpo contra lo que había supuesto en principio. Miró hacia las dos mujeres y observó que ellas dejaban que las serpientes se deslizaran en torno a sus bellísimos cuerpos mientras flotaban a flor de agua y parecían como extasiadas en la agradable relajación.

La circulación de su sangre fue estimulada, todo él se sentía muy bien y cuando se dio cuenta, la serpiente se alejó de él tan silenciosamente como llegara. Tenía que reconocer que se encontraba mucho mejor. Buscó con la mirada a Ona y Mixa, y ya no estaban; se había quedado solo en el bellísimo estanque.

CAPÍTULO III

En el tiempo que llevaba dentro de la para él, desconocida cosmonave, no vio más que robots del tipo utilitario y unos pocos androides.

Estuvo en el gran hangar y descubrió una excelente «lanzadera» que debía ser la que ellas habían utilizado para desplazarse hasta la superficie del planeta Frontier. También estaba allí su cosmonave *Raig* de tres plazas para viajes interestelares, que podía ampliarse a seis plazas si tres pasajeros viajaban dentro de los cartuchos apropiados para permanecer en estado de criogenización.

No se explicaba cómo la habían transportado desde el planeta Frontier hasta aquel hangar, pero la tenía a su disposición y eso era lo importante.

Recordaba que sus dos compañeros habían decidido marcharse con una empresa de viajes interestelares, dejándole solo en el planeta Frontier donde esperaba encontrar a otros terrícolas que quisieran viajar con él. Ahora ya no era posible hasta que aquel viaje hacia el desconocido planeta Serpion terminara.

Subió al interior de la pequeña *Raig*. Era una cosmonave de guerra espacial, transformada para ser utilizada como cosmonave particular, una cosmonave muy efectiva que el propio Juny, con ayuda de unos amigos suyos, había mejorado en sus prestaciones, pero seguía manteniendo su gran resistencia a los impactos de todo orden, a los rozamientos por atmósferas de planetas o por verse obligada a cruzar entre nubes de micrometeoritos de grandes dimensiones. El único inconveniente que tenía era que el consumo de combustible era alto, pero Juny no se lo había reducido porque prefería mantener la gran potencia de motores.

Se situó frente a los mandos. Manejar una cosmonave de aquel tipo era muy distinto a gobernar una cosmonave de grandes dimensiones como la de las mujeres de Serpion, por ejemplo.

Miró las grandes compuertas herméticas del hangar. Si quisiera salir al espacio, sólo tenía que enfocar su cañón de su pra-intermitent-láser y las compuertas se desintegrarían. Quedaría un gran hueco a través del cual podría saltar al espacio y todo el universo sería suyo, como siempre había deseado. Miríadas de estrellas y cada una de ellas con sus planetas orbitándolas, millones y millones de desconocidos planetas, la mayoría de ellos muertos, planetas repletos de minerales, de líquidos, de hielos y gases. ¿Qué podía significar la desaparición de miles de aquellos planetas? Nada. Los seres de las diferentes

civilizaciones que componían la Unión Galáctica, ni se enterarían, una unión que, por otra parte, siempre estaba en crisis, una unión que no podía evitar las guerras.

Se encendió el piloto intermitente que le advertía que tenía una telecomunicación.

Pulsó el botón verde correspondiente y en la pequeña pantalla apareció la imagen de Ona. Ella sonrió y Juny correspondió levemente a la sonrisa.

—Hola, Ona. ¿Cuánto tiempo hace que no nos vemos?

—No lo sé, no lo he contado.

—Yo tampoco —confesó Juny—. Tengo la impresión de que mi mente no funciona correctamente. Pierdo la noción del tiempo. He tenido la sensación de vivir en una cosmonave desierta donde sólo hay robots.

—Debes de tener todavía secuelas cerebrales por culpa del impacto que recibiste en el centro de ocio.

—Sí, quizá sea eso. Lo que sucede es que no recuerdo bien.

—Los impactos en la cabeza no suelen recordarse. Estás normal y luego despiertas sin saber qué ha ocurrido. No sabes que has recibido el impacto, ni te acuerdas de él.

—¿Cómo lo sabes tan bien?

—He visto heridos de combate.

Juny asintió.

—Tienes razón, es así como lo cuentas. Miras una cara bonita, un planeta hermoso, una estrella brillante y, de pronto, todo desaparece. Despiertas y no sabes cuánto tiempo ha transcurrido. He visto a compañeros cosmonautas que les ha sucedido como tú dices y a otros que han muerto sin siquiera enterarse.

—En el planeta Serpion te recuperarás —le dijo Ona.

—Eso espero. La verdad es que no sé muy bien qué hago aquí ni por qué me dejo llevar a ese planeta. No estoy seguro de nada.

—Pronto lo estarás.

—Si por lo menos estuviera aquí amándote a ti y a Mixa, si esto fuera un viaje de placer, lo entendería pero salvo lo que ocurrió en la piscina de oro, no he tenido relación con vosotras.

—No desesperes, Juny, podrás tener las satisfacciones amorosas que deseas, pero a su tiempo Ahora tu mente se confundiría demasiado.

—¿Es una promesa?

—Quién sabe, Juny —dijo ella, sosteniendo su mirada, como si en vez de aparecer sólo en imagen en la pantalla estuviera allí mismo, en carne y hueso— Te comunico que estamos llegando a la estación espacial que órbita el planeta Serpion. Allí subiremos a una lanzadera que nos llevará al aeropuerto real.

—Prefiero viajar con mi propia cosmonave

—Eso no es posible.

—¿Por qué?

—Está prohibido que cosmonaves extrañas a nuestra civilización tomen contacto.

—Lo siento, Ona. Si no voy en mi cosmonave *Raig,* me largo. La verdad, no tengo demasiado interés en ver a vuestra reina.

—A tu cosmonave no le sucederá nada estando aquí, a bordo de esta cosmonave.

—Sin mi cascarón me siento como desnudo y, la verdad, desnudo contigo o con Mixa, me siento a gusto, pero no viajando por lugares desconocidos.

—Está bien, Juny, consultaré al departamento real. Pediré una autorización.

—Mejor así. —El propio Juny cortó la telecomunicación.

Se sentía atraído por Ona lo mismo que por Mixa, pero se sentía apático, sin ilusiones, sin deseos de luchar, él que siempre había sido muy vital y luchador, aunque no un luchador para golpear a su prójimo y mucho menos para arrebatarle al débil lo que le pertenecía. Era un luchador porque le gustaba saltar de un planeta a otro buscando nuevas aventuras, yacimientos productivos de minerales,

especialmente de metales nobles y de valiosas gemas.

Le gustaba conocer a nuevos seres, pero recordaba vagamente que en sus últimos tiempos se había metido en demasiados pleitos con otras civilizaciones y no estaba muy seguro de haber obrado bien. Ahora, en cambio, tenía deseos de hallar una tierra alfombrada de hierba junto a un lago o río de aguas limpias para poder descansar y mirar al cielo.

De forma mecánica, tecleó en la terminal del computador de a bordo de la *Raig*.

Fueron apareciendo los datos escritos y los pictogramas y logotipos que correspondían a cada uno de los departamentos de su cosmonave. Todo tenía el color verde, lo que significaba en perfecto orden. También obtuvo datos sobre los cartuchos de energía y la potencialidad efectiva de los mismos.

Todo estaba en orden, pero se sentía solo. Había viajado en aquella misma cosmonave durante mucho tiempo con amigos y ahora estaba solo.

Tecleó para que apareciera en pantalla una grabación holográfica y pudo ver las olas batiendo una preciosa playa tropical.

Vio también un hermoso rio, montañas nevadas, grandes aves planeando y cérvidos pastando. Eran imágenes bucólicas que tranquilizaban su espíritu y le recordaban su planeta, la madre Tierra de la que faltaba hacía mucho tiempo. Había una cierta añoranza en él.

Pasó una hora, las imágenes se sucedían.

La telecomunicación fue requerida de nuevo, y esta vez fue Mixa la que apareció en pantalla con su hermoso cabello púrpura brillante.

—Juny, hemos recibido un permiso especial de palacio para que puedas tomar contacto en el aeropuerto real, pero haz una maniobra perfecta, pues allí el servicio de defensa real tiene instalado un sistema automático que entraría en acción destruyendo tu cosmonave al ser tomada como posible enemiga.

—Lo tendré en cuenta. Espero que vosotras vengáis conmigo, no hace falta que vayáis en una lanzadera; yo os llevaré a ese aeropuerto real.

—Como quieras, pero tendremos que dejar esta cosmonave en la estación espacial para que el servicio de mantenimiento suba a bordo y la cosmonave quede bajo su vigilancia.

—Os estaré esperando.

La gran cosmonave de las hijas de Serpiana puso en ignición sus motores y redujo velocidad hasta detenerse junto a la gran estación espacial donde eran recibidas las cosmonaves. Ona y Mixa se introdujeron en la pequeña cosmonave de Juny, y éste se vio sentado entre ambas.

—Nunca he estado tan bien acompañado —comentó.

Las grandes compuertas del hangar se abrieron.

La cosmonave *Raig* se puso lentamente en movimiento, apenas producía ruidos. Sus dos toberas silbaban levemente. Saltó al espacio y rodeó la gran estación espacial junto a la que se hallaban amarradas otras cosmonaves. Comenzó a descender. Habían pasado los datos de aproximación y toma de contacto a su computador.

—Es un planeta hermoso —opinó Juny.

El planeta se veía azul como la propia Tierra. Poseía grandes océanos, apenas existían hielos en los casquetes polares y la franja ecuatorial se hallaba totalmente desierta por las elevadas temperaturas.

Allí no había vida y los océanos tenían gran formación de nubes tormentosas y huracanadas que se trasladaban a otros lugares del planeta produciendo devastaciones.

El planeta Serpion no tenía ni un tercio de la vegetación que sí poseía el planeta Tierra; quizá su suelo era malo para el enraizamiento de los vegetales.

Pasaron por encima de unas escarpadas montañas que emergían por entre unos espesos bosques.

—Un bonito lugar —observó Juny.

—Ahí y en lugares semejantes viven los quiropnes.

—¿Quiropnes?

—Sí —asintió Ona—. Son una subraza.

—¿Inteligentes?

—Sí —siguió explicando Mixa—, Poseen alas y emplean armas rudimentarias, aunque no se descarta que puedan usar otro tipo de armas.

—¿Son inteligentes pero escasamente evolucionados?

—Así es.

—Tengo la impresión de que habláis de ellos como si fueran vuestros enemigos naturales.

—Lo son.

—Son carnívoros —dijo Ona.

Mixa añadió:

—Han devorado a muchos de los nuestros, especialmente cuando nosotros estábamos poco evolucionados. En tiempos pasados hubieron muchas guerras con esos seres.

—¿Podríais genocidarlos?

—Sí, pero nos atenemos a la carta de la Unión Galáctica que nos impide genocidar a cualquier raza o especie que haya demostrado inteligencia.

—Perfecto. Me gustaría ver a esos seres —opinó Juny.

—Pues, deberás tener mucho cuidado. Nuestra estricta vigilancia les está obligando desde hace tiempo a alimentarse exclusivamente de reptiles que ellos capturan en vastas extensiones del planeta, pues no se les ha reducido su hábitat natural.

—¿Y existen muchos reptiles aquí?

—Sí, es un planeta con gran abundancia y variedad de reptiles que incluso se toman en las comidas.

—Creo que se me pasó el apetito —confesó Juny.

La cosmonave *Raig* fue acercándose a la metrópoli, bien estructurada en sus viales. Estaba cruzada por dos ríos y el centro de la ciudad era un montículo fortificado en el que se hallaba la ciudad antigua. Allí, las callejuelas eran muy estrechas y los tejados de las

casas, muy resistentes, posiblemente para repeler los ataques desde ellos.

La *Raig* prosiguió hacia la gran colina. En su cumbre, rodeado por una alta muralla, se hallaba el magnífico palacio real.

No se podía pasar por encima del palacio, había que rodearlo. En la pantalla de a bordo aparecieron los indicativos de la ruta a seguir y como Mixa y Ona se lo quedaron mirando, Juny optó por obedecer las indicaciones sin provocar ningún pleito con las fuerzas defensivas de palacio.

Al otro lado de la colina había un amplio llano donde estaba instalado el aeropuerto e hizo descender en él la cosmonave con majestuosidad.

Apareció un lujoso vehículo que se movía por ruedas, pues aún no tenían aerodeslizadores por contra-gravedad. Fue a recibirles.

Dos hombres uniformados, que parecían oficiales de la guardia real, saludaron militarmente, por lo que Juny dedujo que lo mismo Ona que Mixa debían ser personajes muy importantes en aquel reino.

Subieron al lujoso pero para Juny, anticuado vehículo, el cual ascendió por una carretera que serpenteaba por la colina, bajo grandes copas de árboles de hojas rojizas. La temperatura era muy agradable. Llegaron a una entrada para vehículos.

Se introdujeron en la amplísima edificación hasta que llegaron al área de recepción. Allí, una guardia real les recibió en perfecta formación.

Juny observó que sus armas no eran de lo más avanzado que existía, pero no estaban mal del todo.

—Síganos, por favor —le pidió un oficial.

—Nos reuniremos en la cena real —dijo Ona.

Las dos mujeres se alejaron y Juny fue conducido a una habitación de huéspedes importantes. La cama era amplia, regia. Vio un gran armario con puertas de espejo. El no llevaba ningún tipo de equipaje, pero tuvo la curiosidad de comprobar si algún huésped anterior había dejado allí su equipaje. Abrió las puertas.

Cuando menos, había dos docenas de indumentarias completas,

desde botas o zapatos a túnicas o casacas, todo ropas de gran calidad.

Un tanto perplejo, tomó una de las botas, la comparó con la que calzaba y observó que eran de la misma medida. Después, tomó una de las casacas, se la puso y le encajaba como un guante.

Había observado a los hombres de la guardia. Estos eran de menor estatura que él y se suponía que debían haber es cogido a los más altos.

Se encendió una luz intermitente sobre el marco de la puerta, Juny se la quedó mirando. La puerta se abrió y aparecieron dos hombres y dos mujeres. Por el uniforme que llevaban, dedujo que pertenecían al servicio de palacio.

—Estamos a su servicio —dijo quien parecía mandar.

—Gracias, pero no me hace falta nadie.

—Aquí hay trajes de los que puede disponer. Su majestad la reina Serpiana espera que sean de su agrado.

—Sí, son de mi agrado —admitió Juny—, ¿Cuánto falta para la cena?

—Dos horas, excelencia.

—No me deis tratamiento.

—Lo siento, excelencia, se nos ha ordenado que le demos el tratamiento de mariscal.

—¿Mariscal? Diablos, no creo que valga tanto. ¿Es que por aquí no han visto antes a un terrícola?

—Ningún terrícola ha pisado este planeta con anterioridad, excelencia.

—Bien. ¿Y para lavarse?

Una de las doncellas, que era muy hermosa, se acercó a una espesa cortina que descorrió. Apareció una puerta y al abrirla, quedó visible un magnífico cuarto de baño, un cuarto en el que había una gran bañera circular. Mármol y oro eran los materiales.

Empezó a desnudarse y las doncellas le ayudaron gentilmente. Las miró y prefirió dejarlas hacer, tampoco había por qué molestarse.

Poco después, se hundia en el agua caliente y ellas frotaron su cuerpo con espumosas y aromáticas esponjas naturales.

CAPÍTULO IV

Había escogido un traje compuesto por ajustadísimos pantalones, casaca y botas de media caña, todo en color gris perla brillante.

Observó que el tejido era inmejorable, no se arrugaba. Parecía una seda natural que quizás sólo se daba en aquel planeta.

Se pasó la mano por la recortada barba de color rojizo oscuro, lo mismo que sus abundantes cabellos lacios y gruesos, y se dejó acompañar al comedor íntimo de la reina que a Juny no le pareció tan

íntimo, pues cuando menos había tres docenas de comensales.

Ona se le acercó. Con una sonrisa, Juny comentó:

—Si no llega a ser una cena íntima, ¿cuántos hubiéramos sido?

—Posiblemente, mil quinientos.

—Pues, este palacio tendrá que disponer de una cocina extraordinaria.

—Aguarda, te voy a presentar a nuestro primer ministro Trang.

A Juny, el primer ministro le pareció muy bajito, apenas llegaría al metro cincuenta de estatura. Los hombres de aquella civilización eran más bajos que las mujeres, aunque más fornidos.

Ona y Mixa tenían una estatura similar a los varones de la guardia real que debían haber sido escogidos entre los hombres más altos.

—Es un placer conocer a Juny, el terrícola. He oído hablar mucho de usted.

—¿De veras? No sabía que en un planeta desconocido para mí se me conociera.

—Sabemos que desintegró el planeta Zalis.

—Fue una historia desagradable que prefiero no recordar.

—Conocemos lo que allí ocurrió: La militarización total de las hormigas inteligentes que pretendían invadir otras civilizaciones, genocidándolas.

—Hubo una guerra total. Yo tuve la suerte o la desgracia de enfrentarme a ellas.

Mixa le llevó hasta otro hombre uniformado y con muchas condecoraciones sobre su guerrera. Protegía sus ojos con una franja de cristal oscuro que podía ser una especie de gafas.

—Juny, te presento al coronel Shower, jefe superior del cuerpo de seguridad del Reino.

—Tenía deseos de conocerle, Juny —dijo el coronel Shower.

—Yo no puedo decir lo mismo, siendo sincero, porque no sabía que existiera usted.

—Nosotros, sí. Se dice que los terrícolas poseen una capacidad de lucha muy grande.

—¿Se refiere a que somos muy belicosos?

—Exactamente.

—Pues, eso no es ninguna virtud. Estuvimos a punto de desaparecer como civilización planetaria. Después de nuestra cuarta gran guerra, decidimos terminar con nuestros viscerales belicismos y convertimos nuestro planeta Tierra en un paraíso. Llegamos a la conclusión de que había que detestar el belicismo.

—Una gran conclusión —aprobó el mariscal Trang, sonriendo plácidamente.

El coronel Shower, jefe de seguridad, más inquisitivo quiso precisar:

—Sin embargo, hay ocasiones en que el belicismo es necesario.

—El belicismo nunca es necesario; la autodefensa, admito que sí, hay demasiados depredadores, pero parto del principio de que siempre es mejor negociar.

—¿Y armarse para disuadir?

—Cuando uno se arma excesivamente para disuadir, termina por atacar. No hay nada peor para una raza, para una civilización, que sentirse superior a otra bélicamente porque termina atacándola.

—Es usted muy prudente —le observó el coronel de seguridad—, pero aquí tenemos informes de su gran astucia.

—¿Astucia?

—Sí, de la astucia que los terrícolas suelen emplear en todas sus gestiones.

—Ser más o menos astuto debe valorarse por comparación con otras civilizaciones. ¿No cree?

—Sí, precisamente por eso se dice que los terrícolas son extraordinariamente astutos.

—Si usted nos ve así, no puedo cambiar sus ideas. Quizás, si tratara de hacerlo, pensaría que estoy empleando la astucia para enmascarar mi verdadera personalidad.

Por la megafonía de la sala comenzó a sonar una música regia y todos se volvieron hacia la puerta principal que se abrió de par en par. Apareció la reina Serpiana con su escolta real.

Aquella mujer anciana, alta, dominante y muy segura de sí misma, impresionaba, pero a Juny no le gustó.

La reina, que coronaba su cabeza con aquel entrelazado de serpientes de oro con ojos de fulgurantes rubíes, al llegar a la altura de Juny le dijo:

—Bien venido a mi reino, terrícola.

La reina levantó su mano repleta de valiosísimos anillos, todos ellos con su simbología especial, y Juny hizo el gesto del beso sin llegar a depositarlo. Ella le pidió:

—Sígueme, te sentarás a mi diestra.

Juny la siguió. Los demás fueron colocándose en las mesas que eran tres, una presidencial y dos laterales. En la presidencial estaba la reina, Juny, Ona y Mixa a ambos lados. Seguían después el mariscal Trang a un lado y el coronel Shower al otro.

En las mesas laterales se sentaban las primeras fuerzas militares y religiosas y el gobierno que obedecía sin pestañear las decisiones de la reina Serpiana.

—Espero que los manjares que nos sirvan sean de su agrado —le dijo la reina Serpiana a Juny.

La cena se sirvió con gran pompa, abundancia de servido es, vajilla de oro y copas de cristales nobles en los que se incrustaban piedras preciosas.

Sirvieron una especie de torta rellena de algo que a Juny le parecieron unos pescaditos muy pequeños, los había a docenas.

—¿Te gusta? —le preguntó Ona.

—Sí, lo que sea es muy sabroso.

Las bebidas se asemejaban mucho a los vinos terrícolas. Su sabor

era más fuerte y no tardó en comprobar que eran poderosamente estimulantes.

—Esto lleva alcohol, ¿verdad?

—Es el jugo fermentado de una fruta muy selecta.

—¿Que se llama uva?

—No, se llama oriow, pero imagino que ese nombre a ti no te dice nada.

—Pues, la verdad, no.

—En otro momento ya te mostraré la fruta. Si no puedes resistir esta bebida, puedes tomar agua.

Juny tuvo la impresión de que aquella fruta, al fermentar, debía tener algo más que simple alcohol. Proporcionaba una agradable euforia.

Bañadas en una salsa anaranjada, sirvieron unas finísimas carnes muy blancas.

Juny comió con excelente apetito y así se sucedieron otros platos. La cena era copiosa. Apareció un cuarteto musical y unas mujeres muy pequeñas, de apenas un metro de altura pero magníficamente proporcionadas, se pusieron a danzar. Eran altamente sensuales, pero casi nadie parecía prestarles atención.

La mayoría de las miradas convergían en Juny y éste comenzaba a pensar que era algo más que un simple invitado.

Los postres estuvieron compuestos de macedonia de abundantes y distintas frutas peladas, sin semillas y troceadas en formas proporcionales, bañadas en un jugo muy agradable de beber.

Juny no recordaba haber comido en forma igual en mucho tiempo.

Por último, se sirvió una infusión que no se parecía al café, al té ni al mate. Era una infusión de intenso aroma que no agradó demasiado a Juny, pero Ona le recomendó:

—Tómalo aunque contengas la respiración, esto te ayudará a digerir, ya lo verás.

Bajo la mirada de la reina Serpiana, se tomó la infusión, se sentía ya lleno y abotagado. Juny no solía comer tan abundantemente y menos en reuniones públicas; pero en aquella ocasión, se dejó arrastrar un tanto por el ambiente.

—¿Es cierto que su planeta llamado Tierra es tan hermoso?

—Así es, majestad. Es muy hermoso, especialmente desde que lo recuperamos y decidimos que jamás volveríamos a hacer una guerra en él, ni a talar árboles para quemarlos o convertirlos en papel.

—¿No se talan los árboles en su planeta?

—Sí, majestad, pero sólo en razón a mantener el equilibrio y la belleza de los paisajes.

—¿Y las materias primas que precisan?

—Son sintéticas. Se consiguen a partir de los minerales que obtenemos en otros planetas, satélites naturales o asteroides. Ese es el verdadero triunfo de nuestra ciencia: Obtener las materias primas o materias base a partir de minerales que sacamos de planetas, satélites naturales o asteroides muertos. De esta forma, no hacemos daño al universo y mucho menos a nuestro propio planeta.

—Aquí no hemos llegado todavía a ese grado de evolución científica en beneficio del medio ambiente. Deberíamos intercambiar tecnología con el gobierno de ustedes los terrícolas.

—No obstante —comenzó a decir Mixa—, aquí todavía no es posible cuidar los espacios naturales con tanto esmero como hacen los terrícolas, pues en nuestro planeta existen los quiropnes.

Juny inquirió:

—¿Esos quiropnes estropean el paisaje natural?

—Son muy depredadores y exterminan a las otras especies animales —explicó la reina Serpiana.

Ona añadió:

—Ya han desaparecido varias especies de mamíferos menores debido a la depredación de los quiropnes.

—Podrían tratar de llegar a un acuerdo con ellos —sugirió Juny —, ¿O acaso no aceptan el diálogo?

—Mienten, mienten mucho —replicó la reina—. Además, hay un detalle importante que quizás no se le ha comunicado.

—¿Cuál es?

La reina hizo una pausa. Tomó su copa, más rica, más llena de gemas que las otras, y bebió de ella el doble de lo que hubiera bebido el propio Juny. Eructó suavemente y luego explicó:

—Los quiropnes nos centuplican.

—¿Centuplican?

—Sí. Por cada ser, hombre, mujer, niño o anciano de mi reino, hay cien quiropnes.

—Son muchos —opinó Juny.

—Desde que tuvimos el último conflicto con ellos, se han multiplicado extraordinariamente. Mis consejeros afirman que no debíamos haber aceptado la carta de la Unión Galáctica en la que se nos obliga a respetar a los quiropnes.

—¿Los quiropnes les atacan?

—Sólo en escaramuzas —indicó Ona—. Hay expediciones que desaparecen, nadie se atreve a salir de los lugares custodiados por nuestras fuerzas por temor a ser capturados y devorados por los quiropnes.

—Es una situación difícil —añadió Mixa.

—Más que difícil, agobiante —explicó la reina Serpiana— y sería muy lamentable tener que ordenar a nuestras fuerzas de choque que ataquen los poblados de los quiropnes para que los exterminen hasta dejarlos en igualdad a nosotros.

—Algunos proponen la exterminación total —dijo Ona. Y miró al coronel Shower, jefe de seguridad, que parecía muy siniestro detrás de la franja de cristal oscuro que protegía sus ojos.

—No se puede exterminar a ninguna raza o especie de animal inteligente.

—Sí, es un problema —admitió la reina con un suspiro—, Pero, por encima de todo, está la defensa. Bien, seguiremos hablando de todo eso en privado.

Serpiana se levantó y todos los comensales hicieron lo propio inclinando la cerviz. Rodeada de su guardia, abandonó el salón comedor y Ona y Mixa invitaron a Juny a seguirla. Ellas hicieron lo propio y también fueron con ellos el mariscal Trang y el coronel Shower.

Se dirigieron a una salita donde había cómodas butacas. Juny quedó de nuevo junto a la reina.

—Usted podría prestar un gran servicio para la paz de este planeta.

—¿Yo?

—Sí, usted es un alienígena aquí y puede llegar a convencerles.

—¿De qué?

—De que deben cesar su peligrosa multiplicación. —Volvió a eructar suavemente y prosiguió—: Están exterminando toda clase de vida animal en los bosques. Ellos no son capaces de crear granjas, son cazadores natos, como animales salvajes. Cuando se les termine la caza, atacarán a nuestras ciudades y tendremos que defendernos. Ahora capturan, matan y devoran a viajeros solitarios, pero llegará un momento que atacarán las ciudades y por nuestra parte la réplica será imprevisible.

—¿Tienen una sociedad organizada?

—Como nosotros, no, apenas han evolucionado, pero si están jerarquizados. Se puede llegar a hablar con sus jefes.

—¿Entienden nuestro lenguaje?

—Sí, son torpes en la expresión pero nos entienden, salvo que utilicemos palabras o ideas abstractas. Hay quienes opinan que llegarán a evolucionar mucho más con el paso del tiempo, pero yo lo dudo y mis asesores, también.

Juny miró al mariscal y al coronel y ambos asintieron, ratificando las palabras de su reina.

—Si están sin civilizar, es difícil que comprendan que deben llevar a cabo un control de natalidad.

—Quizás a ti te hagan caso, Juny —musitó Ona.

—No creo. A este asunto habría que buscarle otra solución.

—¿Cuál? —preguntó Mixa.

—No sé, no tengo la cabeza muy despejada, la comida y las bebidas que he tomado me impiden pensar adecuadamente. Por otra parte, no conozco bien el problema. Supongo que aquí hay expertos para resolverlo. Además, tendrán una fuerza miliciana de vigilancia.

—Para eso hemos comprado los hukas.

—¿Hukas, qué es eso?

—¿No has oído hablar de ellos? —inquirió Ona.

—Pues, no.

—Son androides de aspecto perfectamente humano. Los quiropnes atacaron a los primeros que se pusieron a su alcance y los destrozaron, pero no pudieron devorarlos porque no eran seres biorgánicos de sangre caliente. Ahora ya saben diferenciarlos de nosotros.

—¿Una fuerza miliciana de androides? —preguntó Juny.

—Así es —respondió la reina—. Pagamos un precio muy elevado por cada unidad.

El coronel Shower explicó:

—Estuvimos en el mercado interestelar de androides y optamos por escoger el modelo de hukas. Comprobamos que eran los androides mejor preparados para la lucha. Son especialmente efectivos y no pueden ser devorados por los quiropnes. Se les ha programado adecuadamente.

—¿Pueden volar? —inquirió Juny.

—Volar, no, pero poseen buenos vehículos. Después de todo, los quiropnes no se remontan a gran altura en sus vuelos y son abatibles desde el suelo.

—¿Y esa fuerza de androides hukas ha podido controlar a los quiropnes?

—El problema —explicó el mariscal Trang— es que corremos el riesgo de provocar una guerra generalizada. Nuestros hukas son

androides; por lo tanto, no tienen miedo ni necesitan ser alimentados. Son los milicianos perfectos. Atacarían a los quiropnes hasta su total exterminación y queremos evitar que eso ocurra.

—Es un problema difícil el que tienen ustedes planteado.

—Sí, muy difícil —admitió la reina Serpiana—. Pero hay que resolverlo.

La reina se levantó, dando por terminada la entrevista.

Juny se sentía muy pesado. Ona y Mixa le acompañaron hasta su habitación después de despedirse del mariscal Trang y del coronel Shower.

—¿Te ha gustado la cena? —quiso saber Ona.

—Oh, sí, no sé lo que he comido, pero estaba excelente.

—Pues todo han sido serpientes.

—¿Serpientes? —repitió Juny, torciendo el gesto.

—Sí —explicó Ona sonriente—. El primer plato eran crías diminutas mezcladas con huevos batidos de otro tipo de serpientes. También la fina carne blanca…

—¡No sigas, por favor, no sigas!

Se dejó caer en la cama, exhausto. Ona y Mixa se sentaron a ambos lados del terrícola y esta última le dijo:

—Tenemos otro problema muy preocupante que su majestad la reina Serpiana desea que se mantenga en el máximo secreto.

—Y si es del máximo secreto, ¿me lo vais a contar a mí, un extranjero en vuestra civilización?

Mixa le dijo entonces:

—Te lo decimos porque vas a ayudarnos.

—¿Yo? No creo, no tengo fuerzas para nada. Me siento embrutecido como un cerdo.

—Eso es la comida y las bebidas, a las que no estás acostumbrado.

—Aún me sentía mal por lo que me ocurrió en el planeta Frontier, no me he recuperado del todo.

—Tú estás aquí para ayudarnos, esperamos que lo hagas —silabeó Ona.

—No me siento con facultades.

—Mejorarás —auguró Mixa, añadiendo—: Muy pronto.

—Tenemos la sospecha de que el ejército de hukas que ha sido comprado por la reina está programado para atacarnos a nosotros, conquistar el reino, devastarlo y someterlo. Luego, ellos harán un genocidio total de los quiropnes y el planeta será totalmente suyo.

—¿De los androides hukas?

—De quien los manda —puntualizó Ona.

—¿Se podría quedar con este planeta y con lo que quedase de la civilización la empresa constructora de los androides hukas?

—Es posible —dijo Mixa.

—Todo es muy complicado, tengo mucho sueño…

Un profundo sopor invadió la mente de Juny, las voces de las jóvenes le llegaron lejanas, muy lejanas, hasta desaparecer. Fue como si se hundiera en un profundo pozo, tan profundo que parecía el fin de todos.

CAPÍTULO V

Se vio corriendo descalzo por un gran prado, sus pies se hundían en la hierba. Vio aparecer a Ona y a Mixa, ambas reían.

Al principio, iban cubiertas con velos. Sus cabellos, azules los de una y purpúreos los de la otra, flotaban al viento.

Juny corrió tras ellas pero parecían inalcanzables, era como si volasen. El hombre tendía sus dedos para cogerlas y cuando tocaba sus velos, éstos se deslizaban de sus cuerpos poco a poco, iban quedando desnudas sin que él lograra detenerlas.

Jugaban, se reían, provocaban su sexualidad mientras Juny trataba de alcanzarlas.

De pronto, como de unas tumbas, surgieron dos seres iguales. Vestían un uniforme y sus rostros eran completamente inexpresivos. Ambos se encararon con Juny, le apuntaron con sus armas y dispararon.

Vio la luz sobre su rostro, una luz que le cegó, era el fin.

Lanzó un grito y de pronto, despertó.

Se quedó quieto, estaba sudado.

La luz entraba por el ventanal que daba a la terraza. Todo era silencio, había tenido una pesadilla. Ni Mixa ni Ona estaba cerca de él y no parecía haber nadie que le hubiese disparado.

Centró la atención en su propia cabeza y comprobó que nada le dolía. La vitalidad, la fuerza, habían regresado a él.

Se sentía de nuevo un hombre pletórico de vida, ansioso por moverse y correr aventuras, por saltar al espacio sideral y descubrir nuevos planetas.

Se incorporó en la cama.

Buscó una ducha, pero los hijos e hijas de Serpion no debían saber lo que era una ducha, sólo concebían el lavado por inmersión.

Decidió abrir los cuatro grandes grifos que tenía la gran bañera

redonda y la llenó de agua. Allí no se podía escoger entre agua fría y caliente, todo era suavemente cálido.

Se sumergió en el agua y estuvo unos quince minutos dentro de ella. Buscó luego sus ropas y observó que habían desaparecido, por lo que decidió tomar las que utilizara la noche anterior, pero tampoco estaban.

—Por lo visto, aquí la ropa sólo se usa una vez, deben ser muy ricos.

Escogió otra indumentaria y optó por un complet color oro que se ceñía a su cuerpo como una segunda piel.

A través de aquella fina y suave tela podían observarse sus músculos bien formados, músculos de verdadero atleta. Un amplio cinturón se ceñía a su cintura. Sus caderas eran estrechas contra la amplitud de sus hombros. También se perfilaban perfectamente los músculos tríceps y el paquete genital que era proporcionalmente grande.

No llevaba consigo armas ni credenciales, nada que le identificara.

Salió a la terraza y desde ella, por encima de las copas de los árboles, contempló la metrópoli en la que destacaba el montículo fortaleza donde había nacido la ciudad.

—Un planeta lleno de serpientes, quiropnes y hermosas mujeres —rezongó.

Salió de su habitación. Cerca había guardias armados, pero nadie le cortó el paso. Parecía tener vía libre por donde quisiera deambular. Aquello le gustó, se hubiera sentido mal en el caso de ponerle cortapisas. Era un hombre que amaba visceralmente la libertad.

No conocía los corredores de palacio, por lo que fue a dar a la parte posterior donde los hombres de la guardia realizaban sus entrenamientos atléticos. Todos se fijaron en él, Juny destacaba por su estatura.

Viéndoles correr saltando obstáculos, pensó que en el caso de tener que competir con ellos, los vencería con facilidad debido a su estatura, a sus largas piernas y al poder de su musculatura, pero no había por qué tratar de demostrarles nada.

Un vehículo rodante, provisto de un fino motor, se detuvo a su lado. Juny se volvió. Era descapotable y en el asiento posterior viajaban Ona y Mixa.

Las saludó con una sonrisa y ellas se apearon.

Ona se le acercó y saludó, juntando sus mejillas contra las del terrícola. Mixa hizo lo mismo.

—¿Todos los varones de la civilización terrícola son tan hermosos como tú? —preguntó Mixa abiertamente.

—Bueno, supongo que lo serán, pero aquí lo que veo hermoso sois vosotras.

—Tengo la impresión de que te encuentras mucho mejor, Juny —le dijo Ona.

—Así es, parece que me he recuperado totalmente. Tengo La impresión de que me ha sucedido algo extraño.

—¿Cuándo? —preguntó Ona.

—Esta misma noche y también cuando en el planeta Frontier perdí el sentido. No recuerdo bien lo que ocurrió, pero algún día recordaré. Ahora me siento bien y eso es lo que importa. Me habéis atendido muy bien aquí, haré una visita Turística por este lugar y después, me iré.

—¿Adónde? —preguntó Ona con gesto preocupado.

—No sé, el cosmos repleto de estrellas es mi destino. Para mí, el horizonte está en cualquier dirección.

Ona y Mixa lo cogieron por el brazo y se lo llevaron suavemente ante la envidia de los oficiales de la guardia que hubieran deseado ocupar el puesto del terrícola, aunque se percataban de que. físicamente, estaban muy por debajo de él.

—¿Recuerdas que te hablamos de los quiropnes? —comenzó a preguntar Ona.

—Ah, sí, los quiropnes son muchos según me dijo la reina, muchos y constituyen un problema, porque cuando devoren los animales que aún quedan en el planeta, tratarán de devoraros a vosotros y eso será el principio de una guerra de exterminio total.

—Así es —asintió Mixa.

—Debéis entablar negociaciones con esos seres. Si ellos aceptan un control de la natalidad, vosotros, a cambio, podéis montar granjas de pequeños vertebrados, serpientes o aves gallináceas, y así proporcionarles alimento.

—Es una solución —admitió Ona—, pero no creo que ellos la acepten.

—¿Subimos al coche? —preguntó Mixa.

Se acomodaron los tres en el amplio asiento posterior del coche. El chófer, un miembro de la guardia real, puso el vehículo en marcha y descendieron por la carretera de aquella colina totalmente ajardinada.

A lo lejos, en el aeropuerto real, podían verse algunas lanzaderas y aeronaves.

Allí estaba también la cosmonave *Raig* destacando por su silueta alargada y su brillante fuselaje.

El vehículo con ruedas siguió por la carretera, adentrándose en un bosque contiguo donde había un lago hermoso sobre el que se deslizaban unas aves que tenían mucho de patos terrícolas.

El chófer detuvo el vehículo y Juny pensó que debía haber soñado aquel lugar en el que no había estado jamás y que al parecer gustaba a las dos hijas de Serpion.

Descubrió un grupo de grandes serpientes, gruesas y muy coloreadas, que parecían jugar entre ellas.

—¿No son peligrosas? —preguntó.

—No —respondió Ona— si no se las molesta.

—¿Eso es lo que me servisteis ayer para cenar? —preguntó, irónico.

—No exactamente ésas, eran de otra especie. Esas viven aquí y hermosean más este lugar.

—No creo que las mujeres terrícolas se sintieran a gusto en este paraje.

—¿No les agradan las serpientes? —se asombró Mixa.

Juny recordó la piscina de la cosmonave y aquellas serpientes negras que se habían enroscado en sus cuerpos y no para devorarlos, sino para masajearles los músculos.

—Me temo que no en la misma forma que a vosotras.

El chófer se quedó junto al coche y los tres, paseando, se acercaron al lago.

—¿Aceptas ayudarnos en los problemas que tenemos en Serpion? —preguntó Ona.

—No deseo intervenir en asuntos que deben ser resueltos con vuestra propia civilización. Sería una injerencia alienígena por mi parte, y eso no está bien visto en el consejo general de la Unión Galáctica.

—Creo que te explicamos que el verdadero problema de fondo son los androides hukas, aunque eso no se haya dicho a ningún nivel.

—Si los androides hukas significan una amenaza para nuestra civilización, ¿por qué no os deshacéis de ellos? Ponéis optar por destruirlos o por detener su funcionamiento. Los cargáis en contenedores y se los devolvéis a la empresa rubricante.

—No es posible —replicó Mixa.

—¿Por qué?

—Nos hemos dado cuenta de que no los podemos detener.

—Todos los androides que yo he visto en mis viajes interplanetarios tienen un resorte con mando a distancia que los ruede detener.

—En este caso, no. Hemos preferido ocultar la verdad a los mandos del ejército menos al mariscal Trang y al coronel Shower. Ellos sí están al corriente de lo que sucede.

—Es extraño. Podéis requerir la presencia de técnicos de la empresa fabricante de los androides.

—No los podemos dominar —dijo Mixa—. Y sabemos que aunque todos los androides hukas parezcan iguales, no lo son.

—¿Qué quieres decir? —trató de concretar Juny.

—Pues que algunos de ellos están programados en sus microcomputadores de forma distinta y actúan como oficiales con mando sobre sus compañeros.

Algo pareció interesar más a Juny que la conversación misma; acababa de oír un ruido que le puso alerta. Miró por encima de los árboles y las dos mujeres le observaron a él.

Cuanto sucedió después fue tan rápido como trágico.

—¡Los quiropnes! —gritó Ona.

Efectivamente, un grupo de quiropnes, volando a baja altura, aparecieron por encima de los árboles, casi rozando las copas con sus alas.

Juny los veía por primera vez. Vestían con pieles, pero parecían verdaderas bestias peligrosas.

Sus alas eran grandes y membranosas, sin plumas, y además de las alas, poseían cuatro extremidades. Los brazos terminaban en manos con garras lo mismo que los pies y las cabezas, eran rinocéfalas, de largas y fuertes mandíbulas, con orejas móviles y puntiagudas que les daban aspecto de perros voladores; pero eran inteligentes y eso les hacía aún más peligrosos.

El primero en ser atacado fue el chófer de la guardia real que no tuvo tiempo de coger su arma que estaba dentro del coche.

Dos de los quiropnes le atacaron, clavándole las garras y mordiéndole ferozmente, de tal manera que no tardó en quedar degollado. La sangre salpicó en derredor.

Había que luchar. Los quiropnes no dialogarían, estaban atacando.

Ona sacó su minipolitronic e hizo un disparo sobre uno de ellos, que cayó batiendo sus alas furiosamente al tiempo que lanzaba horripilantes graznidos.

Mixa no llevaba pistola y vio como dos de aquellos seres inteligentes pero escasamente evolucionados se lanzaban contra ella para hundir en su hermoso cuerpo las afiladas garras de cazadores.

Mientras Ona volvía a disparar manteniendo a raya a los quiropnes, Juny dio un prodigioso salto al tiempo que lanzaba su puño contra la oreja del quiropne que trataba de hundir sus garras en Mixa.

Aquella especie de reptil volador lanzó un fuerte chillido mientras caía de lado, aturdido por el durísimo puñetazo.

El otro quiropne comprendió que para coger a Mixa como presa debía matar antes a Juny. Se enfrentó a él y trató de herirlo a zarpazos, pero Juny saltaba de forma inesperada para el quiropne. El terrícola no reaccionaba como podían hacerlo los hombres de Serpion, él tenía mucha más agilidad.

Propinó rápidos y durísimos puñetazos al cuerpo del quiropne, que tuvo que tocar el suelo con sus piernas al tiempo que aleteaba furiosamente, produciendo mucho viento con ellas.

Juny, que no se asustaba ante aquellas alas que parecía que fueran a envolverle, le propinó una patada lanzando tras ella todo su cuerpo. Luchó con una precisión que sorprendió a los quiropnes. Estos, antes de conseguir abrir las carnes del terrícola con sus garras, se veían golpeados por manos y pies, como si Juny tuviera una docena de extremidades para golpear.

Tres de los quiropnes. aturdidos y doloridos por los demoledores golpes con que Juny les obsequiara, quedaron en tierra batiendo alas.

Un cuarto quedó totalmente yerto a causa del puñetazo que Juny consiguió propinarle en el cuello.

Por su parte, Ona consiguió eliminar a tres de ellos con su pistola minipolitronic.

Tres quiropnes más lograron escapar, llevándose el cuerpo del desgraciado chófer, cuando aparecieron tres individuos vestidos de verde disparando las armas que llevaban consigo.

Juny vio caer a los fugitivos que soltaron a su presa, el chófer ya degollado. Los quiropnes pagaron con su vida aquel ataque. Se incendiaron en el aire y al caer al suelo se carbonizaron con rapidez.

Los seres que habían llegado armados dispararon sobre los otros quiropnes que yacían abatidos por la dureza de los golpes de Juny. Dispararon rayos ígneos y murieron abrasados en medio de una mezcla de graznidos y aullidos.

El terrícola vio como los tres seres armados no dejaban ni uno solo de los cuerpos de los quiropnes sin carbonizar Al mismo tiempo, observó que los tres eran idénticos en su aspecto, como una gota de agua a otra, no sólo en su indumentaria, sino también en sus rasgos físicos.

—¿Hay alguno más? —preguntó uno de aquellos seres.

—No, no hemos visto más. Han aparecido por encima de los árboles —explicó Ona.

—Teníamos informes de que una banda de quiropnes se había acercado a los bosques de palacio.

—Seguiremos buscando —dijo otro.

Los tres seres, que debían tener una estatura semejante a los oficiales de la guardia, pero que estaban por debajo de la estatura de Juny el terrícola, se alejaron rápidamente entre los árboles. Fue entonces cuando Juny preguntó:

—¿Son los hukas?

—Sí —asintió Mixa.

Ona añadió:

—Son los androides que compramos para combatir a los quiropnes. Forman un ejército y los tenemos distribuidos por todas partes.

—¿Y quién los controla?

—El jefe superior de Seguridad.

—¿El coronel Shower? —preguntó Juny.

—Veo que recuerdas el nombre —le dijo Mixa.

—Sí, lo recuerdo. Este ejército de hukas está bajo su mando, y la reina sospecha que se puede volver en su contra.

—Así es —le dijo Mixa.

—Pues si están bien armados, pueden resultar muy peligrosos. Aunque lo parezcan, no son humanos y ellos jamás se rendirían. Lucharían hasta el último de ellos en un combate en el que se les

programe. En cambio, ante un ejército regular de humanos orgánicos puede cundir el pánico y rendirse o huir.

—Eso es lo que teme la reina. Los hukas ya son temidos por los soldados del reino. Nuestros guerreros saben que los androides son superiores.

—Eso es malo, crea desmoralización.

—Si los hukas no fueran superiores, no los habríamos comprado para vigilar y repeler a los quiropnes —replicó Ona.

—Se puede mentalizar a los milicianos del reino que los hukas no están aquí porque sean mejores, sino para evitar muertes a los milicianos que son humanos. La destrucción de un androide, por muy huka que sea, sólo representa la pérdida de un bien material que se puede reponer comprando otro. En cambio, la muerte de un humano inteligente significa mucho más.

—Deberíamos pedirte que dieras un discurso a los milicianos del reino para que cogieran moral —dijo Mixa, cuyos ojos brillaban de admiración hacia el terrícola.

—No creo que con una arenga se sientan mejor —objetó Ona—. Los hukas son androides pensados y fabricados para la lucha, máquinas de matar. Sólo hay que mirar en derredor. —Señaló los cuerpos de los quiropnes carbonizados—. Si los hukas reciben orden de atacarnos a nosotros, los milicianos del reino sucumbirán ante el ataque y los que queden vivos huirán.

—¿Cuántos hukas hay? —preguntó Juny.

—Eso es alto secreto de estado —dijo Ona—, pero son un pequeño ejército.

—¿Ni vosotras conocéis el número? —se asombró Juny.

—Pues no, no lo sabemos.

—Entonces, ¿quién lo sabe?

—La reina, el coronel Shower, bajo cuyo mandato están, y el mariscal Trang.

—Quizá el mariscal Trang quiera decirlo —observó Juny.

—No creo —replicó Ona—. Ya te hemos dicho que es alto

secreto de estado. Sólo su majestad Serpiana podría decirlo.

—Un momento. Y vosotras, vosotras, ¿qué hacéis en tan alto puesto?

—Somos las hijas de la hermana de la reina Serpiana. Como ella no ha tenido descendencia, en caso de morir, corresponde a una de las dos ser la reina heredera.

—¿Las dos?

—Una de las dos —puntualizó Ona.

—¿Hay alguna preferencia hacia alguna de las dos?

—La reina Serpiana es la que puede decidir —explicó Mixa.

—¿No hay preferencia por orden de nacimiento? —preguntó Juny—, Lo que hay que evitar es que se inicie una guerra abierta entre los quiropnes y vosotras. No importa cuál de las dos pueda ser la heredera, aunque creo que lo mejor es que el jefe del gobierno fuera elegido por el pueblo.

—¿Una democracia? —preguntó Mixa.

—Exacto. ¿Creéis que cualquiera de vosotras está preparada para regir toda una civilización planetaria?

—Estamos preparadas —replicó Ona.

—Estáis preparadas para sentaros en el trono y ordenar que todo el protocolo se cumpla, nada más.

—¿Nos crees tontas? —preguntó Mixa.

—No exactamente, pero supongo que aceptaréis que en vuestro pueblo habrá seres, hombres o mujeres, que estarán mucho más preparados que vosotras para regir los destinos de vuestra civilización.

—Esto es un reino —replicó Ona—, y hablar de la democracia es un delito capital. Es mejor que la reina no te oiga semejantes opiniones.

—Creo que lo mejor que podría hacer yo es coger mi cosmonave y largarme, aún no sé bien por qué estoy aquí, quizá porque sois muy bonitas y porque recibí un disparo en la cabeza.

—Tienes que ayudarnos y no debes inmiscuirte en nuestro sistema político. Has de respetar la carta de la Unión Galáctica. Ya sabes que ningún ser humano puede intervenir en la política de una civilización planetaria que le sea extraña para intentar cambiar su sistema.

—De acuerdo, respetaré la carta de la Unión Galáctica; pero entonces, ¿qué pretendéis que haga yo?

—Que nos ayudes contra los quiropnes y también a resolver el problema de los hukas.

—Que aún no es un problema real, sólo lo es teórico —puntualizó Juny.

—Pero que puede serlo en cualquier momento y más en el caso de declararse una guerra contra los quiropnes. Ellos pueden aprovechar la confusión y apoderarse de palacio y de los puntos claves del planeta —le hizo observar Mixa.

Juny suspiró.

—Trataré de evitar la guerra con los quiropnes, aunque no sé muy bien cómo hacerlo. Creo que lo mejor sería visitarlos.

—Si lo intentas, serás devorado, tendríamos que poner un ejército a tu disposición para que te protegiera.

—Yo puedo ir como intermediario, pero vosotras y alguien más debería acompañarme; sería el comienzo de las negociaciones.

—Son muy primitivos —advirtió Ona—, no aceptan ningún trato.

—Eso ya lo veremos. Ahora, regresemos al palacio.

Juny había tomado ya su decisión. Tenía la impresión de estar atrapado en una especie de tela de araña y quería rasgarla para salir de ella.

CAPÍTULO VI

Juny, el terrícola, opinaba que los satélites de telecomunicación y observación que poseían en la civilización de Serpion eran bastante deficientes.

En su pantalla de la cosmonave *Raig,* consiguió localizar el núcleo más importante de los voraces quiropnes. Se suponía que en el interior de aquella cordillera rocosa se escondían en nidales.

No debía ser nada fácil para un ejército regular introducirse en aquella cordillera de picachos rocosos repletos de oquedades dentro de las cuales anidaban los quiropnes. Sacarlos de allí, uno por uno, debía ser una labor materialmente imposible. Quizás a algún general de las fuerzas milicianas podía habérsele ocurrido atacarles con gases tóxicos o lanzarles algunas bombas nucleares, lo que sería el principio de una total exterminación y que no podía llevarse a cabo.

En una de las pantallas accesorias que tenía en el panel de mandos de su pequeña pero efectiva cosmonave vio acercarse un vehículo oficial escoltado por otros vehículos más pequeños donde iban guardias armados.

Asomó la cabeza hacia los cristales de la sala de control donde estaba y observó directamente los vehículos. Como cabía deducir que venían a verle, se acercó a la puerta de la que salía una rampa.

Aguardó en la puerta y el mariscal Trang y el coronel

Shower, con sus ojos siempre protegidos tras la banda de cristal oscuro, subieron a bordo de la cosmonave.

—Bien venidos a bordo.

—Es una cosmonave pequeña —comentó algo despectivo el coronel Shower.

—Pero puede tomar contacto sobre la superficie de los planetas, lo cual es una gran ventaja —opinó el mariscal Trang—, Nuestras cosmonaves han de quedar en el espacio porque no resistirían el roce de la atmósfera y tampoco podrían vencer la gravedad en una caída acelerada.

—Porque han construido cosmonaves poco aerodinámicas y demasiado grandes —dijo Juny.

—¿Qué autonomía tiene esta cosmonave? —preguntó el mariscal Trang.

—Considerable —se limitó a responder Juny que no deseaba dar más datos de su vehículo espacial.

—Hemos oído que tiene un poder bélico considerable —insistió el mariscal.

—El suficiente, pero no es una cosmonave de guerra.

—Hemos venido a cambiar impresiones con usted, Juny —manifestó el coronel Shower.

—Muy bien, les escucho.

—Se nos ha informado de que su majestad la reina Serpiana le ha autorizado a introducirse en el nidal de los quiropnes.

—Así es.

—¿Les atacará? —quiso saber el coronel Shower.

—Nada más lejos de mi intención, aunque, por supuesto, si soy atacado me defenderé.

—¿Qué pretende, convencerles de que sean buenos? —rezongó el coronel Shower, muy mordaz.

—Creo que hay que negociar para evitar una guerra abierta.

—Los quiropnes no negocian. ¿Se lo han dicho?

—Ya veremos si son capaces de negociar o no.

—Son muy primitivos. Nuestra civilización lleva siglos tratando de entenderse con ellos y jamás ha sido posible —explicó el mariscal Trang—. Son seres muy primitivos que se niegan a la cultura.

—Quizás sus cerebros no han evolucionado lo suficiente.

—Creo que alguien le ha hecho creer a su majestad que los terrícolas son semidioses —opinó siempre sarcástico el coronel Shower.

—Acepto sus dudas, pero si les hace falta un intermediario, me presto para tal papel.

—Quizás su intervención sea beneficiosa para nuestra civilización.

Como aquellas palabras habían salido de la boca del coronel Shower, Juny frunció el ceño, receloso.

—¿De veras lo piensa así?

—Sí. Cuando compruebe que los quiropnes no son inteligentes, puede redactar un informe al respecto y entregarlo al consejo general de la Unión Galáctica para que se les quite esa protección como especie humano-inteligente de la que ahora gozan.

—¿Pretende que mi intervención sirva para que se abra la veda de la exterminación de los quiropnes?

—Pues sí.

Juny miró al mariscal Trang y vio en su rostro que él también estaba de acuerdo con el coronel Shower. Era evidente la aversión que ambos sentían hacia los quiropnes. Una lucha de milenios creaba unos odios atávicos que no podían ser barridos con simples razonamientos.

—Ustedes han evolucionado lo suficiente como para acabar con ellos.

—Los quiropnes no quieren entenderlo así —expuso el coronel Shower—, Por ser muchos, creen poder devorarnos a todos. Ellos ignoran que no se les ataca masivamente porque se hallan protegidos por la carta de la Unión Galáctica de la que ellos ni siquiera han oído hablar. Ellos no comprenden los viajes hacia las estrellas.

El mariscal Trang corroboró:

—Ya le hemos dicho que son muy primitivos.

—Ayúdenos a declararlos como no inteligentes y le pagaremos el precio que pida.

—¿Tratan de comprarme?

—No exactamente —se apresuró a decir el coronel Shower que era observado críticamente por el mariscal Trang, quien temía que su hermano de civilización había hablado demasiado.

—Pues ¿qué debo de entender? ,

—Sencillamente, que pagaremos muy bien el riesgo que va a correr usted por internarse en el nidal de los quiropnes. Sólo le pedimos que relate con exactitud lo que allí descubra.

—Eso es precisamente lo que le he dicho a su majestad que haré.

—Si cumple lo que le pedimos, llenaremos esta cosmonave de piedras preciosas y metales raros. No tendrá usted que contratarse con nadie por el resto de su vida, será rico.

—No es preciso que me ofrezcan nada —replicó Juny—, Si he de redactar un informe, explicaré lo que yo aprecie y no me dejaré influir por nada. Además, ustedes saben que la catalogación de seres humano inteligentes no implica necesariamente que sean muy inteligentes, basta con que muestren una inteligencia en evolución porque, según la apreciación de ustedes, bastaría que fueran seres primitivos que no conocieran la cultura escrita para poder designarlos como no

inteligentes y exterminarlos a todos.

—Juny, no somos tan idiotas como usted supone —le repicó el coronel Shower—, Tenemos informes de que ustedes exterminaron en su planeta a seres inteligentes en estado de evolución primaria, seres a los que ustedes llamaban primates superiores.

—Comprendo, se refiere a orangutanes, chimpancés y gorilas.

—No estoy al corriente de los nombres.

—No eran inteligentes.

—Eso está por discutir. Ustedes dijeron que no lo eran y los fueron exterminando. Nosotros podríamos hacer lo mismo con los quiropnes y con mayor razón, ya que a nosotros los quiropnes nos atacan y a ustedes los llamados primates superiores no les atacaban, no eran ningún peligro para ustedes. Los mataron por el simple placer de matar. ¿No fue así?

—Quizás —tuvo que admitir Juny—. Pero fue en una era de mi civilización en la que estábamos tan poco avanzados que nos destruimos a nosotros mismos, por eso tuvimos grandes guerras a nivel planetario, causando grandes destrucciones. Cometimos errores que no volvimos a repetir desde que firmamos la carta de la Unión Galáctica que obligaba a respetar a las especies inteligentes poco evolucionadas aún o en situación de minorías.

—Ustedes, en el planeta Tierra, han exterminado a muchas minorías étnicas que llamaron salvajes y eran inteligentes.

—No insista, coronel. Admito que fue así cuando la ignorancia, el bestialismo y el belicismo dominaba nuestra civilización terrícola, pero luego todo cambió.

—Es mejor que no discutamos —cortó el mariscal Trang, observando que el intercambio de pareceres se agriaba más y más por el momento. Juny, el terrícola y el coronel Shower eran abiertamente antagónicos.

—Si su majestad ha permitido que usted vaya al nidal de los quiropnes, así será, pero irá acompañado.

—¿Por quién?

—Por Mixa y por mí mismo.

—¿Y usted, coronel Shower?

—Yo quedo al mando de la guardia real.

—Y de los hukas, claro.

—Así es.

Escuchó un pitido que cortó el diálogo. Juny se acercó al panel de mandos y dejó paso en pantalla a la imagen que le llegaba por el canal de telecomunicación.

—Hola, Ona. ¿Hay algo urgente?

—Su majestad la reina ha decidido que te acompañe Mixa.

—Sí, ya me lo han dicho.

—Te lo han dicho, ¿quién?

—El mariscal Trang y el coronel Shower que están aquí conmigo.

—En ese caso, sólo debo decirte que es muy arriesgado lo que pretendes. Tendréis una fuerte escolta.

—Iremos sin escolta.

—Eso sería un suicidio.

—Se hará a mi manera, si es que queréis que intervenga.

—Bien, su majestad la reina Serpiana decidirá.

—Por mi parte ya está decidido.

—Juny, no te expongas, por ti y por Mixa también.

—De acuerdo, iré con cuidado.

Hablaron un poco más y la telecomunicación se cortó.

—Tiene usted muy buenas relaciones con las «elegidas».

—Al decir «elegidas», ¿se refiere usted a las posibles futuras reinas de Serpion?

—Así se las llama aquí —asintió el mariscal Trang.

—Yo ni había pensado en este planeta ni en su civilización. Mi encuentro con Ona fue fortuito y casi diría que estoy aquí en contra de mi voluntad. Había decidido no meterme en más líos, no inmiscuirme en los problemas de civilizaciones planetarias que me son extrañas. Pero en este caso haré una excepción e intervendré como mediador, aunque no puedo hacerme responsable de nada.

—Estoy seguro de que nos hará un gran favor con su mediación, Juny —le dijo el coronel Shower—, Usted será quien acabe informando a la Unión Galáctica de que los quiropnes no son una raza humano-inteligente. Sólo son bestias carniceras, rapaces que se guían por el instinto.

—Pero hablan, ¿no?

—Sí, pero ¿cómo llaman ustedes a los que hablan sin ideas, psítacos?

—Sí, los psítacos son los que hablan sin ideas.

—Pues los quiropnes deben ser eso, psitacos, nada más. Han copiado actitudes y sonidos de nuestros campesinos, eso es todo lo que saben. Cuando la Unión Galáctica lo comprenda, reduciremos el número de los quiropnes y controlaremos en una reserva a los que dejamos vivos para conservar la especie.

Juny comprendió que si le dejaban libre actuación al coronel Shower, lo único que quedaría de los quiropnes para la posteridad serían unos cuantos ejemplares disecados en un museo zoológico.

CAPÍTULO VII

La cosmonave *Raig* no era grande como tal cosmonave, pero sí parecía enorme a la par que majestuosa frente a las lanzaderas y aeronaves que se hallaban estacionadas en el aeropuerto real.

Mixa se había ataviado con un ajustado complet que realzaba sus bellas formas femeninas y al mismo tiempo era capaz de aislarla de temperaturas extremas.

Un ancho cinturón ceñía su cintura y de él colgaba una pistola politronic, pero no en su versión «mini» sino de tamaño real y con carga prácticamente inextinguible. También llevaba consigo un telecomunicador y cubría su cabeza con un casco protector que tenía pantalla de duro cristal que cuando descendía sobre el rostro la podía proteger de los disparos de armas convencionales y, por supuesto, de pedradas. Sus largos cabellos púrpura brillantes descendían por la base del casco y caían sobre sus espaldas.

El mariscal Trang también se había puesto un traje de campaña, pero se había llenado el pecho de condecoraciones, quizás pretendía impresionar con ellas a los quiropnes.

Juny llevaba también un arma y un telecomunicador y otro artilugio adosado a su cinturón que sólo él sabía para qué podía ser empleado.

En pantalla apareció la mismísima reina Serpiana con su imponente corona de serpientes de oro entrelazadas.

—Te deseo suerte, terrícola. Es un difícil momento para mi civilización. No quisiera faltar al juramento que hice en la Unión Galáctica de respetar a los seres inteligentes, pero si nos atacan tendremos que replicar.

—Espero mediar adecuadamente, majestad, pero no puedo asegurar ningún resultado.

—Te deseo suerte, terrícola, porque tu suerte será la de todo mi pueblo.

La reina Serpiana desapareció de pantalla. Juny miró a derecha e izquierda. Mixa y el mariscal Trang eran quienes le acompañaban. Los tres iban a partir rumbo a la guarida de los quiropnes.

Los sistemas de defensa del aeropuerto real y del propio palacio dejaron que la cosmonave *Raig* se elevara majestuosamente para alejarse junto a la colina, proa a su destino.

—¿No ha tenido nunca ningún accidente con esta cosmonave? —preguntó Trang.

—No. Está especialmente preparada para actuar como aeronave, pero con la ventaja de ser muy superior en velocidad.

Se alejaron de la capital de la metrópoli de la civilización evolucionada de Serpion y pudieron ver otras poblaciones en su viaje.

—Mira allá, a la derecha —señaló Mixa.

El mariscal Trang observó:

—Es una bandada de quiropnes que deben ir de caza.

Juny decidió:

—Les daremos un susto para que regresen a sus guaridas.

Hizo un disparo fotónico de advertencia que por unos momentos cegó a los alados quiropnes que tropezaron entre sí en pleno vuelo. Algunos cayeron sobre los árboles graznando y otros, aullando.

Mixa inquirió:

—¿Los has eliminado?

—No, sólo los he aturdido. Espero que regresen asustados a sus madrigueras.

Juny no se equivocaba. Los quiropnes, una vez recuperados, intercambiaron voces ininteligibles para quienes no comprendieran su lenguaje y partieron de regreso.

Llegaron hasta la costa oceánica y sin apartarse de ella, fueron hacia el norte hasta la desembocadura del gran rio que formaba un inmenso estuario. Juny situó la cosmonave sobre la vertical del rio y voló siguiendo el curso de las aguas, rumbo a su nacimiento.

—Es un paisaje hermoso —comentó.

—Sí, pero muy peligroso —replicó el mariscal Trang—. Todo este territorio está bajo el dominio de los quiropnes.

—Se ha intentado conquistar en varias ocasiones —explicó Mixa,

—Este rio, a lo largo de siglos y milenios, ha proporcionado caza a los quiropnes. Estos bosques tenían gran variedad de animales, pero los vertebrados han ido desapareciendo.

—¿Por causa de la voracidad de los quiropnes? —preguntó Juny.

—Sí —asintió el mariscal Trang—, Aquí, los quiropnes tuvieron sus enemigos naturales, otras aves, rapaces y felinos, que sucumbieron cuando la multiplicación de los quiropnes fue espectacular. Después, devoraron a los otros vertebrados y comenzaron a exterminar a los reptiles, ofidios en especial, que aquí abundan en cantidad y en especies. La riqueza de ofidios era enorme, pero ellos terminarán haciéndola desaparecer por completo, por eso hemos visto bandadas de quiropnes acercándose a nuestras ciudades a la caza de nuestros ciudadanos.

—Esa es la gran amenaza que se cierne sobre nosotros —explicó Mixa—. Los quiropnes siempre nos han considerado sus enemigos mortales. Nosotros hemos conseguido nuestra propia evolución tecnológica hasta alcanzar los viajes interestelares y formar parte de la Unión Galáctica. Ellos, en cambio, continúan siendo seres primitivos.

—Todas las especies inteligentes no han evolucionado al mismo ritmo —observó Juny—, hay planetas donde existen civilizaciones inteligentes que llevan cientos de milenios evolucionando pero muy lentamente. En la evolución rápida interviene también la suerte. Han existido civilizaciones muy inteligentes que han desaparecido por completo sin haber llegado a conseguir la alta tecnología que les hubiese permitido saltar al espacio.

Mientras hablaban, se acercaban a la cordillera rocosa dentro de la cual anidaban los quiropnes, aquélla era la gran guarida. Allí, según los informes que Juny tenía, se hallaba la mayor concentración de quiropnes, aunque existían otras concentraciones en distintos lugares de la superficie del planeta Serpion.

—Es impresionante —opinó Juny al observar los grandes picachos carentes de vegetación que nacían a ambos márgenes del río que atravesaba la cordillera de montañas rocosas. Parecían más propias de un planeta muerto y hostil a la vida: sin embargo, la cordillera quedaba atravesada por el gran río.

Bandadas de quiropnes surgieron de las oquedades de los

picachos y volaron hacia ellos graznando y aullando amenazadoramente, con la evidente intención de causarles temor.

—Esperemos que esta cosmonave no tenga avería —dijo con un suspiro el mariscal Trang viendo a aquellos quiropnes que se les acercaban batiendo sus largas alas membranosas y mostrando sus mandíbulas con dientes de tijera, capaces de cortar cualquier cuerpo.

—Parecen furiosos —opinó Mixa.

No era una doble hilera de picachos que nacieran en los márgenes del gran río, era mucho más. La cordillera debía tener una anchura de muchos kilómetros y los quiropnes surgían de todas partes. Era evidente que estaban irritados por la intromisión.

—Creo que se nos han subido algunos encima —observó el mariscal Trang mirando hacia el techo.

Juny accionó una palanca y los quiropnes que se habían posado sobre la *Raig* saltaron aullando. Algunos cayeron hacia el río y otros consiguieron volar.

—¿Qué les ha hecho?

—He puesto una malla electromagnética de protección en torno al casco de la cosmonave. Si la tocan, sufrirán las descargas consiguientes.

Tras aquella primera experiencia, los quiropnes optaron por poner una considerable distancia entre la cosmonave y ellos.

Mixa, que había demostrado gran valentía al aceptar aquel viaje, no pudo evitar sentir miedo. Allí, frente a ellos, como cerrándoles el paso, no había ya bandadas de quiropnes, si no un verdadero enjambre.

—Me temo que no habrá posibilidad de dialogar con esos seres —opinó el mariscal Trang.

Juny prefirió no decir nada al respecto, él también empezaba a albergar serias dudas de que se pudiera dialogar con los quiropnes que, ya a miles, volaban alrededor de la cosmonave con actitud francamente amenazadora.

—¡Juny, Juny!

—¿Qué?

La joven señaló hacia su derecha.

—¡Algunos vienen cargados con piedras!

No tardaron en oír golpes sobre el casco de la cosmonave.

—Nos van a derribar a pedradas —gruñó el mariscal

Trang.

No eran guijarros sino piedras que deberían rondar los treinta kilos de peso.

Antes de que la situación empeorara, Juny aceleró la velocidad de la cosmonave sobrepasando en mucho la velocidad que podían alcanzar los quiropnes, pero para ello hubo de golpear con la proa de la cosmonave a otros quiropnes que cayeron hacia el río. Juny no tenía ningún deseo de atacaras. consideraba aquel atropello como accidental.

—No conseguiremos nada —opinó el mariscal Trang—.

No podremos salir de la cosmonave. Si lo intentamos, nos devorarán.

—Me dijeron que entendían el idioma que hablamos, ¿verdad?

—Se sabe que lo entienden algo —dijo Mixa.

—Quizás no lo entiendan bien y sólo repitan voces —objetó el mariscal que prefería insistir en que los quiropnes no estaban capacitados para entender nada.

Juny abrió la megafonía exterior, aumentando el volumen para que su voz pudiera oírse a gran distancia, y comenzó a hablar.

—Soy Juny y vengo acompañado de Mixa, la heredera del reino de Serpiana y del mariscal de los ejércitos reales.

—No harán ningún caso —dijo Mixa, excitada al ver tantos quiropnes.

—Tranquilízate —pidió Juny, haciendo que la cosmonave se elevase y volara en círculo.

—Queremos parlamentar con los dirigentes, venimos en paz. No queremos hacer ningún daño, repito, no queremos hacer ningún daño, no queremos guerra. Sólo deseamos parlamentar con vuestros dirigentes. Si me entendéis, deberéis retiraros y dejar espacio libre para que nosotros aterricemos. Repito, venimos a parlamentar.

Juny desconectó la megafonía. El mariscal Trang, visiblemente nervioso, opinó:

—No pueden entendernos, es inútil. Este lugar debe de ser barrido por las armas; terminar con ellos es la única solución.

Los quiropnes comenzaron a alejarse, regresando a las oquedades de aquellos picachos rocosos tal como había pedido Juny.

—Parece que sí entienden —observó Juny.

—Puede ser casualidad —dijo Mixa, recelosa.

El terrícola escogió la isla que se hallaba en el centro del cauce del río y dijo:

—Descenderemos ahí abajo.

—No se atreverá a descender, ¿verdad? —preguntó el mariscal Trang.

—¿Por qué no? No hemos venido aquí sólo para dar una vuelta.

—Nos pueden bombardear con rocas, se les da muy bien. Muchas casas han sido hundidas por este método de ataque. Por ello, en nuestras construcciones, reforzamos siempre los tejados, en previsión del ataque de los quiropnes.

—Si nos bombardean con rocas, nos defenderemos, mariscal Trang, pero creo que la isla es un excelente lugar para el encuentro. ¿O prefiere que descendamos en aquel llano que hay entre aquellos tres picachos?

El lugar señalado estaba repleto de quiropnes que caminaban medio arrastrando sus alas.

La cosmonave *Raig* descendió en vertical sobre la isla que también carecía de vegetación, posiblemente porque era rocosa. Allí no crecía nada, aunque sí había líquenes.

La isla era suficientemente grande como para que cupiera la

cosmonave y quedara espacio para otras más. Debía tener unos doscientos pasos de larga por unos sesenta de anchura. Las aguas del gran río se deslizaban veloces, lamiendo la isla.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Mixa.

—Voy a hablarles de nuevo —advirtió Juny.

Tomó de nuevo el micrófono y habló por él. Su voz salió fuerte, potente y clara por los altavoces exteriores.

—Pueblo de Quiropne, atención, pueblo de Quiropne, escuchad. Es necesario que dialoguemos con vuestros jefes. Esperaremos aquí para poder parlamentar con ellos, sólo queremos parlamentar, que vengan vuestros jefes…

Juny fue repitiendo aquellas palabras tratando de que le comprendieran. Después, cerró la megafonía y abandonó su asiento. Fue hacia la puerta, la abrió y apareció la rampa que se desplazó automáticamente. Juny descendió por ella hasta llegar a pisar el suelo rocoso.

—Juny, corres peligro —le advirtió Mixa.

—¿Nos oye? —preguntó el mariscal Trang.

—Sí, les escucho —respondió Juny, que también podía oír el rumor que llegaba hasta ellos y que era producido por los graznidos de millares y millares de quiropnes que en cualquier momento podían llegar hasta la isla volando para atacarles. Era evidente que con sus alas membranosas podrían cubrir la isla por completo.

—A mí, los quiropnes siempre me han inspirado terror —observó Mixa.

Juny opinó que los quiropnes se parecían a los pteranodontes, un reptil que había existido en el planeta Tierra antes de la aparición del homo-sapiens, en el cretáceo. Había obvias diferencias: Los quiropnes eran una mezcla de reptil, mamífero y pájaro, incluso tenían algo de insecto, pues poseían seis extremidades, ya que las alas podían considerarse como tales.

Los pteranodontes, los pterodáctilos, los vampiros y los murciélagos eran especies distintas pero con ciertas semejanzas, aunque no de tamaño. Como característica común, tenían dos extremidades inferiores y las superiores eran alas, mientras que los

quiropnes, además, tenían brazos con las correspondientes manos en sus extremos, manos poco aptas para una evolución tecnológica. Eran verdaderas garras destinadas a la caza.

Aquellos seres poseían un gran poder ofensivo y se sentían fuertes porque habían hecho desaparecer a otras especies animales a las que habían vencido; pero a los humanos civilizados no habían podido vencerlos debido a la tecnología bélica que poseían. No obstante, su crecimiento en número les debía hacer concebir ilusiones de conseguir la victoria en una guerra abierta entre los quiropnes y los humanos civilizados del reino de Serpion.

—Parece que nos tienen miedo —dijo el mariscal Trang, descendiendo con mucho recelo por la rampa.

—Ahí viene un grupo —advirtió Juny.

—Yo me voy adentro...

—No, mariscal, usted se queda. No hay que demostrarles miedo porque sería peor, hay que dar la cara.

—Si nos atacan, nos destrozarán en segundos. Yo los he visto atacar y son muy peligrosos.

—No lo dudo, pero insisto, hay que dar la cara.

El grupo de seis quiropnes que se les acercaba volaron por encima de ellos en círculo. Graznaron y al fin descendieron frente a Juny. Aún en el suelo, aleteaban, como si con la amplitud de sus alas membranosas de color pardo grisáceo desearan infundir temor.

Juny vio claramente sus ojos, eran muy negros y tenían reflejos claros. Resultaba imposible adivinar a través de sus ojos lo que aquellos seres, con inteligencia pero muy primitivos e incivilizados, podían pensar.

Todos estaban recelosos.

Resultaba difícil ver humanidad e inteligencia en los quiropnes, pero Juny había estado en otras civilizaciones planetarias y comprobado que la inteligencia no tenía por qué concentrarse en seres parecidos a él como lo eran los civilizados del reino de Serpion. La inteligencia también se daba en seres totalmente distintos. Quizás los quiropnes tuvieran una inteligencia limitada y no progresiva, Juny no era un técnico en análisis cerebrales y no podía saberlo.

—Estoy seguro de que me comprendéis —comenzó a decirles despacio para que hubiera el máximo de claridad en sus palabras—. Vengo de más arriba de las estrellas. Yo no soy vuestro enemigo, soy mediador entre vosotros y los hombres de la reina Serpiana.

Señaló al mariscal Trang, el cual descendió por la rampa. Se había sentido como un cobarde al ver que Juny se mantenía frente a los quiropnes sin demostrarles miedo alguno. Pese a que si ellos saltaban sobre el terrícola podían matarlo a zarpazos y a mordiscos en breves instantes.

—Ellos son nuestros enemigos —dijo uno de los quiropnes, señalando al mariscal Trang, La voz había salido cavernosa, lenta y casi podía decirse que con torpeza.

—Ellos quieren la paz y vosotros también la queréis.

—No queremos la guerra con vosotros —dijo el mariscal Trang, interviniendo.

—Sabemos que nos queréis exterminar.

—Eso no es cierto —repitió el mariscal.

Juny observó que aquel quiropne tenía inteligencia sin lugar a dudas, pese a su aspecto entre repugnante y depredador. Sus garras permanecían abiertas como una amenaza y sus largas bocas, con los temibles dientes, parecían dispuestas a atacar.

—Vosotros habéis traído guerreros extraños, todos iguales, guerreros sin carne que matan al pueblo de Quiropne.

—Debéis referiros a los hukas, son androides.

—¿ Androides?

Juny comprendía que aquellos seres no civilizados no en tendieran lo que era un robot del tipo androide y más ideado para la guerra.

Los hukas abatidos y destrozados no dejaban ver carne ni vísceras que ellos pudieran devorar; sólo dejaban al descubierto complicados mecanismos que causaban perplejidad a los quiropnes que no sabían nada de tecnología aplicada.

—Los guerreros hukas son máquinas —trató de explicar Juny.

—¿Máquinas? —preguntó uno de los quiropnes mientras abría sus alas.

—No son seres vivos como vosotros o nosotros, ellos no tienen sangre, por eso son todos iguales entre sí.

—Nosotros no entendemos tus palabras.

—Lo comprendo. Los ejércitos del reino de Serpion son muy poderosos, es necesario que lo entendáis. Si atacan, os exterminarán.

—No nos vencerán —replicó uno de los quiropnes—. Nosotros somos más, muchos más. Podemos atacarles y sacarlos de sus escondrijos que ellos llaman casas.

—Estáis equivocados —objetó el mariscal Trang—. Somos mucho más poderosos que vosotros. Tenemos armas que matan y vosotros no las tenéis.

—¿Armas? —gruñó uno de aquellos quiropnes que formaban la representación del extraño pueblo.

El mariscal Trang desenfundó su pistola politronic. Los quiropnes le miraron con recelo.

El mariscal apuntó una roca y disparó. La roca se inflamó y estalló, haciendo retroceder a los quiropnes. Estos se asustaron, pero no se marcharon.

De pronto, uno de ellos lanzó un largo graznido que debió oírse a mucha distancia y al poco aparecieron otros quiropnes. El que había graznado volvió a hacerlo modulando su graznido y un grupo de una docena de quiropnes, volando, demostraron tener armas, disparando sobre la isla y fragmentando rocas cuyas esquirlas saltaron en todas direcciones.

Como una escuadrilla de aviones de combate en vuelo, pasaron por encima de ellos y se alejaron hacia un montículo rocoso sobre el que se detuvieron.

El mariscal Trang palideció intensamente.

—Vosotros no podéis fabricar esas armas.

—Pero hemos aprendido a usarlas —replicó uno de los quiropnes.

—Las habéis conseguido matando a guerreros del reino de Serpion.

—Ellos nos atacaban a nosotros.

—De todos modos —intervino Juny—, tenéis pocas armas y ellos, que pueden fabricarlas, tienen muchas.

—No estamos vencidos —replicó el quiropne, y todos graznaron de una forma especial.

Juny, el mariscal Trang y Mixa temieron que los graznidos pudieran significar una orden de ataque, pero lo que ocurrió es que con aquellos graznidos pretendieron demostrar que estaban unidos.

—Es mejor que haya paz. Una guerra sólo crearía destrucción entre los dos pueblos.

—Sois unos ingenuos si creéis que con las armas que habéis robado a nuestros guerreros podréis combatirnos. Nosotros tenemos muchas armas y aeronaves de combate. Podemos destruir todo esto y ninguno de nosotros quedará vivo.

—Hablas de prisa y con amenazas porque nos tenéis miedo —replicó uno de los quiropnes.

Juny se dio cuenta de que había algo de verdad en aquellas palabras, y que iba a ser muy difícil que los quiropnes se sintieran vencidos antes de que hubiera un enfrentamiento.

Los quiropnes sabían que ellos eran muchos más que los seres del reino de Serpion, muchísimos más, y confiaban en su gran número para ganar una guerra total, máxime cuando habían conseguido apoderarse de unas pocas armas y habían aprendido a usarlas.

—Los seres del reino de Serpion se comprometen a no atacaros si vosotros controláis vuestro número.

—Somos muchos, y seremos muchos más. Nuestras hembras nos dan todos los hijos que les pedimos.

—Yo no soy de este planeta, soy de un lugar muy lejano. Vengo de entre las estrellas y os puedo decir que si crecéis y crecéis incontroladamente, no será bueno para nadie, ni para los seres de Serpion ni para vosotros.

—¿Por qué no para nosotros? —preguntó el quiropne que más hablaba.

—Porque os comeréis todas las especies de animales, ya no quedarán serpientes y ¿qué comeréis entonces?

—Siempre hubo caza, pero ellos la hacen desaparecer, con sus casas grandes.

—¿Casas grandes? —repitió Juny.

El mariscal Trang tradujo:

—Se refiere a las factorías de transformación de productos minerales.

—Entiendo, se quejan de la contaminación ambiental. En mi planeta también pasamos por esa fase y se perdió mucho en especies animales y vegetación. En torno a las factorías se inicia una desertización por envenenamiento que suele ser muy peligrosa,

—Sólo falta que diga eso... ¿No se da cuenta de que le están entendiendo? —reprochó el mariscal Trang.

—¿No decía usted que no eran inteligentes, que no comprendían nada, que sólo eran unos psítacos parlantes, sin ideas?

El militar puso un gesto hosco y carraspeó.

—Queremos la paz entre los dos pueblos —dijo Mixa— pero para que no haya guerra y destrucción es preciso que exista un equilibrio entre los dos pueblos.

Juny aprobó:

—Ella tiene razón.

—Usáis muchas palabras —gruñó el que parecía el jefe de los quiropnes, un ser más avejentado y rugoso de piel, más inclinado hacia adelante. Era fácil observar que siempre tenía a otros dos a derecha e izquierda como para ayudarle en caso necesario.

—Quisiera conocer vuestra lengua para mediar mejor —les dijo Juny—. Lo que dice Mixa es cierto. Debe haber un equilibrio para que la vida sea posible en este planeta.

—¿Equilibrio? No entendemos esa palabra.

—Es sencillo, no debéis dejar que nazcan tantos hijos.

—¿Por qué? Nuestros hijos son nuestro futuro —replicó el anciano quiropne.

—Eso está bien cuando el planeta parece infinito, pero no lo es, en mi civilización tuvimos que comprenderlo así. Si cada vez somos más y más, se termina por agotar todos los alimentos posibles. La caza desaparece y llega el hambre que se encarga de diezmar a la población. Provoca la muerte y la destrucción total de la moral y de otros valores. El equilibrio adecuado evita la llegada del hambre.

—No entendemos tu jerga, ser extraño. Si has venido a hacernos la guerra poniéndote del lado de los guerreros de ellos, te combatiremos también. Nosotros somos más, combatiremos y en la guerra larga, venceremos.

—Estás equivocado. Aunque seáis más cantidad de seres, no quiere decir que tengáis la victoria segura. Son las armas poderosas las que deciden las batallas. Vosotros no tenéis experiencia y ellos pueden mataros a todos aquí sin que tengáis tiempo de escapar. Os pueden arrojar fuego y os quemarán vivos, eso es lo que estoy tratando de evitar.

Juny se daba cuenta de que en aquel encuentro inicial entre los jefes de ambos pueblos no había entendimiento posible. La solución no era tan sencilla cuando tantos siglos de lucha los habían colocado como enemigos mortales, pero aquél podía ser el principio de un entendimiento aunque las negociaciones fueran largas.

Después de todo, él no creía que la crisis fuera inminente; pero en este punto, por falta de datos, el terrícola se equivocaba.

—Creo que no hemos hablado bien —dijo Juny—, No se trata de que vuestros hijos mueran, sino de que controléis los que van a nacer, por lo menos hasta que consigáis granjas de animales domésticos que os puedan alimentar sin crear más problemas.

—Nadie extraño llegado de lejos de las estrellas como tú dices puede decirnos lo que hemos de hacer —replicó el anciano quiropne que estaba resultando mucho más inteligente de lo que Juny supusiera.

—Tienes razón, pero hay que buscar un equilibrio entre ambos pueblos para evitar una guerra de exterminio que traerá dolor a todos. Esa posible guerra de exterminio será la que imponga al final el

equilibrio de vida, aunque sea desfavorable para uno de los pueblos en beneficio del otro.

—Tus palabras, extranjero de las estrellas, me parecen oscuras.

—No hay forma de entenderse con estos seres primitivos —gruñó el mariscal Trang.

—Aguarde... Ustedes podrían traerles animales de granja en prueba de amistad.

—Eso sería como claudicar, parecería que les tuviéramos miedo,

—No, creo que sería el principio de unas buenas relaciones. Podrían enseñarles a criar animales de granja, lo que facilitaría su alimentación y no se verían obligados a atacar a los súbditos del reino.

—Eso habrá que discutirlo con su majestad la reina Serpiana.

—A mí me parece buena idea —opinó Mixa.

—¿Qué os parece a vosotros este principio de acuerdo?

Antes de que el anciano quiropne, escoltado por los que parecían ser líderes de aquel pueblo primitivo y sin cultura, pero dispuesto a defenderse y a expandirse en la creencia de que su gran número les daría la victoria, pudiera responder, se escuchó un lejano rumor de graznidos.

Todos miraron hacia las montañas como para hallar la respuesta a aquellas voces de quiropnes que se multiplicaban nadando ecos entre las rocas mientras el río deslizaba sus aguas y un frente nuboso se acercaba rápidamente, amenazando tormenta.

—Los guerreros sin carne y sin sangre están atacando a mi pueblo —dijo gravemente el anciano.

—Eso no es posible —replicó el mariscal Trang—. Se tratará de una escaramuza.

—No —replicó con la extraña voz que salía de su boca alargada que estaba entre la boca de un perro, la de un cocodrilo y el pico de un pájaro—. Vuestra presencia aquí ha sido una trampa.

—No es cierto, no es una trampa —replicó Mixa, intuyendo la peligrosidad del momento.

—Vosotros habéis iniciado la guerra —acusó el anciano quiropne—. Tú, extranjero, eres testigo.

Los quiropnes no quisieron oír más palabras y alzaron el vuelo, batiendo sus largas alas membranosas que recordaban las de los murciélagos terrícolas, pero en tamaño gigante.

Tal como habían dicho, la guerra entre los pueblos acababa de estallar y sería una guerra total, exterminadora.

CAPÍTULO VIII

—Será mejor que nos marchemos —dijo Mixa, nerviosa—. Aquí nos pueden atacar.

—Una huida rápida puede hacerles creer que sí les hemos tendido una trampa —objetó Juny.

—Quizás algunos hukas han atacado a una bandada de quiropnes, eso es todo. También podríamos alegar nosotros que ellos atacan a nuestros campesinos, viajeros y a algunas factorías.

Entraron en la cosmonave y cerraron su portezuela.

El cielo se ennegreció amenazadoramente y un fuerte viento levantaba hasta las piedras. Comenzaron a caer rayos sobre los picachos rocosos y tras los rayos se sucedían los truenos. Una lluvia torrencial cayó sobre aquel valle rocoso.

Protegidos ya dentro de la cosmonave *Raig.* el mariscal Trang opinó:

—En estas condiciones, no nos atacarán, ellos no pueden volar con una tormenta así.

Juny dijo:

—A mí los que me preocupan son los hukas.

—El posible ataque de los hukas será una simple escaramuza. No había ningún proyecto de invasión de la cordillera rocosa para eliminar a los quiropnes.

Juny objetó:

—Yo he oído hablar de exterminio.

—De exterminio se ha venido hablando durante siglos debido al acoso a que nos han sometido los quiropnes. Durante siglos han sido superiores a nosotros porque ellos podían volar y eso les daba una superioridad, hasta que nosotros nos metimos en el mundo de las armas, de la tecnología que llamamos sofisticada. Entonces, nos convertimos en superiores después de haber sufrido durante siglos sus ataques y matanzas. Conseguimos rechazarlos e incluso acosarlos. A ellos no les había hecho falta evolucionar en tecnología; sus garras, sus grandes mandíbulas armadas de poderosos y cortantes dientes, sus alas, les seguían haciendo creer superiores y eso les empujó a procrear como jamás lo habían hecho antes. Aumentaron en número y ahora se consideran un ejército suficiente para exterminarnos a nosotros.

—Es un error que les puede conducir a un exterminio total.

A través del casco de la cosmonave podían oír el fragor de los truenos y por los cristales de la cabina de pilotaje veían los cegadores rayos que iban en todas direcciones mientras el agua seguía cayendo torrencialmente, amenazando con inundarlo todo.

—El problema es que los androides no temerán a la lluvia.

Atacarán en cualquier circunstancia, han sido ideados y programados para exterminar al enemigo.

El mariscal Trang, tajante, dijo;

—Insisto en que los hukas no han atacado.

—¿Está seguro de que tiene el control absoluto de todos los ejércitos, mariscal? —preguntó Juny, observando como el nivel de las aguas del gran río subía amenazadoramente.

—Completamente seguro. Su majestad la reina Serpiana es la jefe suprema de todos los ejércitos que le deben total obediencia y lealtad, y ella delega en mí el mando directo.

—Sería mejor que consultáramos a palacio acerca de lo ocurrido —sugirió Juny, abriendo el canal de telecomunicación.

—Está bien, le hablaré al coronel Shower que es quien controla a los hukas.

El emisor de telecomunicación no debía ser muy bueno, porque la recepción fue deficiente.

En pantalla aparecieron infinidad de rayas y oscilaciones. Había que tener en cuenta que estaban rodeados de picachos rocosos y sólo faltaba aquella tormenta con gran aparato eléctrico que parecía que fuera a ser el fin de todo, la apocalipsis del valle de los quiropnes.

El agua caía de tal manera que se convertía en una cortina impenetrable. Los quiropnes debían estar escondidos en sus guaridas, pero Juny sabía que los hukas podían seguir avanzando.

Sus ojos no eran humanos; se guiaban por infrarrojos y otros rayos que les permitían ver todos los obstáculos.

Carecían de astucia, pero eran terribles ejecutores. Buscaban al enemigo incansablemente, sin conocer el temor, hasta destruirlo. Sus posibilidades físicas estaban muy por encima de un humano normal.

Al fin, se centró la imagen y pudieron ver a Ona y al coronel Shower juntos.

—Ahí los tenemos —dijo el mariscal Trang—, Qué raro que se hayan puesto en telecomunicación.

Mixa observó:

—No están en telecomunicación. Eso es una emisión repetitiva con imagen fija.

—Exactamente —corroboró Juny.

El sonido entró con dificultades, pero pudieron entenderlo.

—Su majestad la reina Serpiana ha muerto. Ona es ya la nueva reina Serpiana y Shower, el rey. Este reino, por primera vez, tiene un monarca. Nuestro destino ha cambiado. El reino debe defenderse contra los quiropnes asesinos. Nuestro rey y nuestra reina lucharán para defender al pueblo aunque sea exterminando a todos los salvajes quiropnes que sólo ansían devorar a nuestras mujeres y niños.

—¡Esto es increíble! —no pudo por menos que exclamar el mariscal Trang, atónito.

—Ona, mi hermana, se ha erigido en la nueva reina.

—Mixa. ¿no tenía que haber una elección?

—Sí, salvo que el testamento de la reina impusiera ya la elegida.

—¿El testamento? —repitió Juny.

—Si hay un testamento real, que sin duda lo habrá, no puede ser abierto hasta pasados tres días del óbito real —puntualizó el mariscal Trang, muy excitado.

—Pues parece que Ona y ese coronel Shower se han precipitado y también tenían muy oculto su aparejamiento.

—Mixa, hay que regresar inmediatamente a palacio y exigir el esclarecimiento de los hechos —pidió el mariscal Trang.

—Ahora los reyes son Ona y el coronel Shower, y supongo que él será el jefe supremo de todas las fuerzas militares.

—¡No puede haberse apoderado de todo en tan poco tiempo!

—Mariscal, yo no le aconsejaría que regresara de inmediato al palacio real.

—¿Por qué no? —preguntó, mientras la tormenta, con gran aparato eléctrico, seguía envolviéndoles y el nivel del río crecía y crecía amenazadoramente.

—Seria usted un ingenuo si se presentara allí. Es muy posible que el coronel Shower le hiciera desaparecer en un accidente de tráfico, por ejemplo, o simplemente le hiciera encerrar en cualquier parte para que no molestase. ¿Se da cuenta de que no querrá verle cerca?

—Es muy duro lo que dices —acusó Mixa.

—Y a ti tampoco te querrán ver, Mixa. Ona es ya la reina y tú puedes hacerle sombra. Me temo que hemos sido movidos como marionetas; no han sido sólo los quiropnes los que han caído en una trampa, nosotros también. Lo perfecto para los planes de Ona y el coronel Shower sería que los quiropnes nos mataran ahora o que sufriéramos un accidente mortal. Lo importante sería que pudieran acusar al pueblo de quiropne de nuestra muerte, así se justificaría mejor la guerra abierta contra ese pueblo salvaje e iluso que cree que va a poder contra una tecnología bélica.

—No es posible que sea tal como lo dices, Juny, no es posible.

—Mixa, hay cosas que todavía no he entendido bien, quizás tú puedas explicármelas. Dicen que los terrícolas somos astutos, pero creo que he sido un perfecto imbécil.

El mariscal Trang se dejó caer en la butaca. Estaba pálido, abatido.

—Pero ¿por qué, por qué todo esto? —inquirió Mixa.

—No han tenido que esperar a que la reina Serpiana se muriera, me refiero a muchos años. Ona, con la complicidad del coronel Shower, se ha convertido en reina y es muy joven, tiene reinado para tiempo y él se ha convertido en rey. Al parecer, había la costumbre secular de que mandara una reina, pero ahora tendréis un rey.

—¿Estás insinuando que han asesinado a la reina Serpiana? —preguntó Mixa.

—¿No crees que sería demasiada casualidad que se haya muerto precisamente al marchar nosotros? No me cabe duda de que todo ha sido preparado para que los hechos coincidan. Tú Mixa y usted, mariscal, debían estar lejos del palacio cuando la reina muriera y así ellos podrían hacerse cargo inmediatamente de todas las fuerzas milicianas y del resto del reino. Al mismo tiempo, si morimos aquí, se acusará a los quiropnes y será la justificación para su exterminio.

—No pueden ser tan retorcidos —protestó Mixa—, Mi hermana no era así, no lo era.

—Pues tengo la impresión de que toda la función no ha terminado. Es necesaria nuestra muerte para que todos los proyectos de Ona y del astuto coronel Shower salgan a la perfección. Ellos no pueden estar seguros de que los quiropnes nos maten, y nuestra muerte es imprescindible para que sus planes tengan un éxito total.

—Creo que han sucedido unos hechos que usted, Juny, intenta transformar como traiciones repugnantes e imperdonables. Quizá ellos crean que hemos sufrido algún ataque y a nuestro regreso al palacio real se esclarezca todo.

—Vamos, mariscal, antes ya le he llamado ingenuo. Si regresamos al palacio real directamente, será nuestro fin. Es más, si el coronel Shower es tan astuto como deduzco, ya habrá previsto esta circunstancia y algo tiene que impedir nuestro regreso.

—¿Un ataque de los quiropnes? —preguntó Mixa.

—No, algo más sencillo. El sabotaje de esta cosmonave, por ejemplo.

Juny miró en derredor, preocupado. Podían haberle instalado a bordo un explosivo con detonador de tiempo o detonación por control remoto.

Se abrió la escotilla que conducía al departamento de carga de la cosmonave y apareció...

—¡Un huka! —gritó Mixa.

Juny reaccionó con rapidez ante la aparición de los androides armados, androides programados para matar. Se intercambiaron varios disparos. Juny utilizó su pistola polivalente mientras los hukas disparaban sus fusiles, porque aparecieron tres hukas, uno detrás de otro, disparando sus armas.

—¡Al suelo, Mixa!

Los disparos de los hukas hicieron saltar varias tapas del panel de mandos de la cosmonave *Raig,* produciéndose conatos de incendio en medio de fuertes chisporroteos.

El primero de los hukas estalló, inflamándose. Los extintores

automáticos entraron en acción y uno de los hukas quedó envuelto en el gas inerte apagafuegos.

Un disparo hizo estallar la cabeza del segundo huka, y contra el tercero, Juny tuvo que disparar dos veces antes de descerrajarlo. Su piel sintética se abrió y aparecieron todos los complicados mecanismos de que estaba compuesto.

Juny saltó por encima de los hukas abatidos.

Era difícil respirar y las bombas de aireación entraron en funcionamiento. Había mucho humo y las luces se habían apagado. No pudo evitar toser. Se metió en la pequeña bodega de la cosmonave buscando algún otro posible huka escondido, pero después de registrarla concienzudamente, no descubrió a ningún androide más.

Le habían colocado a tres bien escondidos para que actuaran en el momento preciso y cada uno de ellos debía estar programado para matarles a ellos, al mariscal Trang, a Mixa y a él mismo.

Las bombas de aireación y filtrado del aire funcionaron perfectamente. Mixa estaba en un rincón, asustada, y con la pistola en la mano.

—¿Estás bien? —preguntó Juny, observando que los extintores automáticos habían sofocado todos los inicios de incendio, especialmente en los paneles de mando.

—Sí, pero él...

Juny miró al mariscal Trang. Tenía el pecho ennegrecido, había recibido un disparo de los hukas y estaba muerto.

—No se puede hacer nada por él; en parte, han conseguido sus propósitos.

—¿Te refieres a Ona y al coronel Shower?

—Sí, claro. Todo estaba calculado, no me di cuenta antes. Era un plan bien preparado que tenía que funcionar a la perfección. Yo, que tenía que ser el astuto terrícola, he que dado como un ingenuo, no sé cómo me he podido confiar tanto.

—Ha sido por culpa nuestra, de Ona y mía.

De pronto, la cosmonave *Raig* comenzó a moverse, como

sufriendo bandazos.

—El río, el nivel de las aguas ha subido por encima de la isla. Es una tormenta infernal.

Se sentó en la butaca de pilotaje y trató de poner la *Raig* en marcha, pero los motores no funcionaron.

—Lo vamos a pasar muy mal, Mixa, esto no se pone en marcha —dijo.

Cuando la cosmonave giró sobre sí misma, ambos cayeron el uno sobre el otro mientras notaban que la cosmonave era llevada aguas abajo, a merced de las furiosas corrientes del gran río.

CAPÍTULO IX

Mixa se sintió abrazada y sujetada por los brazos fuertes del terrícola.

La cosmonave había dado algunas vueltas, pero conservado una posición sin dejar de recibir bandazos. Seguía lloviendo furiosamente, la tormenta proseguía.

—Vamos a morir —musitó Mixa.

A través de los cristales, vieron las rocas que salían a flor de agua.

—¡No, no quiero morir! —exclamó Mixa, asustada.

—El casco es bastante fuerte, esperemos que resista.

La cosmonave, sin control, iba a la deriva, empujada en aquel momento hacia las rocas con el riesgo de que se partiera. Sólo que se agrietara, entraría el agua en la cosmonave y se convertiría en su tumba. En aquellas circunstancias, tenían pocas posibilidades de sobrevivir.

El casco de la *Raig* dio contra las rocas, el ruido fue infernal.

Mixa y Juny esperaban que de un instante a otro el casco de la cosmonave se abriera y las aguas entraran en ella.

La *Raig* pasó entre las rocas sufriendo golpes, pero el casco resistió y siempre bajo la torrencial lluvia, siguió aguas abajo por el gran río.

—Tengo miedo, Juny, soy una cobarde.

—No, no eres ninguna cobarde, lo que sucede es que a nadie le gusta morir. Nos han engañado a todos. Mixa, hemos caído en una trampa.

—¿Y qué sucederá ahora?

—Nos darán por muertos.

—¿Seguro?

—Sí, y me temo que los hukas estarán atacando a los quiropnes en sus refugios de donde no pueden escapar por la tormenta.

—Será una batalla sangrienta.

—Por parte de los quiropnes, porque los androides no sangran. Me doy cuenta de que todo estaba muy calculado, incluso la tormenta.

—¿La tormenta también?

—Sí, debían conocer su existencia y la dirección que seguía. Nosotros teníamos que estar en los picachos rocosos, el nidal de los quiropnes, antes de la tormenta; luego se produciría ésta y los hukas atacarían impunemente a un enemigo que mal iba a poder escapar volando.

Juny no se equivocaba. Los hukas estaban atacando masivamente empleando máquinas de guerra con potentes cañones que con sus disparos cortaban los picachos rocosos, provocando grandes derrumbes en los que los quiropnes morían a cientos, aplastados por las rocas, despeñándose o alcanzados por los disparos.

Aquélla era la verdadera apocalipsis de los quiropnes.

Habían creído que su gran número les iba a dar ventaja, pero se equivocaban.

El coronel Shower se había aliado con la sofisticada tecnología

de la empresa constructora de androides situada muy lejos de Serpion y había hecho programar a los hukas a su gusto. Los había preparado para exterminar a los quiropnes y también eran utilizados para apoderarse del reino, convirtiéndose así en un dictador con título de rey, pues, al parecer, Ona estaba de acuerdo con él en todo.

Mixa se dejó llevar y pasaron las horas. En aquel zarandeo interminable no podían salir de la cosmonave y estaban a merced de las aguas.

—Juny, yo, yo tuve la culpa.

—¿Tú? —preguntó, buscando los ojos femeninos a la escasa luz que entraba por las ventanillas de la cabina.

—Ona y yo recibimos la orden de traerte a Serpion.

—¿Lo exigió la reina Serpiana?

—Sí, creo que por sugerencia del coronel Shower, para resolver el problema cada vez más agobiante de los quiropnes.

—Bueno, tú recibiste una orden, ¿de qué te vas a culpar?

—Ona y yo supimos que tú no querías contratarte con nadie y preparamos una pequeña trampa.

—¿Te refieres a lo que sucedió en el centro de ocio?

—Sí. Allí ocurrió algo desagradable, a ti no te dispararon a la cabeza en la reyerta del club de ocio.

—¿No?

—No, fue la propia Ona quien te disparó con una pequeña pistola.

—¿Que me disparó Ona? —repitió perplejo, casi incrédulo.

—Sí, unos rayos que bloquearon tu cerebro y aletargaron tus músculos y todo tu sistema nervioso. Se trataba de que no recordaras nada y de que no tuvieras reacción de resistencia.

—Empiezo a recordar y a comprender. Yo no tenía resistencia alguna, me sentí sin fuerzas, inactivo, me dejé llevar por vosotras.

—Sí, porque tu cerebro estaba bloqueado. Con un tratamiento

adecuado de nuestra ciencia, te recuperamos mientras dormías después de la cena en palacio.

—Y como ya estaba aquí, me veía obligado a participar. ¿No es eso?

—Sí. Te bloqueamos el cerebro y te trajimos aquí en contra de tu voluntad, porque si hubieras estado mentalmente perfecto, no habrías querido venir.

—Quizás no, o quizás sí. —La estrechó más contra sí.

—¿Me perdonas por lo que te hicimos?

—Sí, tú también estás siendo engañada, habéis llevado a cabo un plan muy calculado. Ese coronel Shower es un genio en astucia. Cuando consiga exterminar a todos los quiropnes, obtendrá el beneplácito de su pueblo y dará explicaciones manipuladas a la Unión Galáctica para justificar el genocidio. Los planetas seguirán girando y el pueblo de Quiropne será olvidado como una especie inteligente que no llegó a evolucionar.

El coronel Shower y Ona se han salido con sus propósitos —se lamentaba Mixa.

—Todavía no —respondió Juny—, Aún estamos vivos.

Estaba tan cerca del rostro de Mixa que no dudó en besarla en los labios. Aquella caricia era desconocida para la joven, pero rápidamente la notó agradable y no la rechazó. Juny sabía que con aquellas caricias transmitía confianza a Mixa, le daba esperanzas de sobrevivir, anulaba su sentido de culpabilidad.

—Juny, Juny, sería mejor que muriera.

—No, tú has de vivir aunque sea para largarte conmigo de este planeta, si es que algún día consigo poner la *Raig* en marcha.

—¿Irme contigo?

—Sí. ¿No te han preparado para ser mujer?

La sintió temblar bajo sus brazos, notó su cuerpo de hembra y siguió besándola. Mixa supo lo que era, una caricia labial profunda y luego suspiró al notar los besos en su cuello.

Juny se olvidó de las circunstancias que estaban pasando.

Le soltó el ancho cinturón y paseó sus manos por el cuerpo femenino hasta encontrar una especie de cremallera que abrió.

—Juny, Juny, no quiero morir sin conocer lo que tú deseas hacer…

Buscó aquellos grandes pezones, los besó y succionó después hasta notarlos entre sus dientes, gruesos como dedos, eréctiles y juguetones, llenos de sensibilidad.

Sintió como Mixa se estremecía bajo sus hábiles y sensuales caricias.

Acarició su vientre y lo notó lleno de vida, ansioso por recibir. Juny la fue complaciendo con lentitud, deseando que ella gozara voluptuosamente cada uno de los segundos que transcurrían.

La oyó suspirar y gemir, olvidándose de que existían los quiropnes, los hukas y la tormenta que les llevaba aguas abajo por el gran río.

CAPITULO X

La cosmonave *Raig* no se movía, la lluvia ya no repiqueteaba sobre su casco.

Observó que Mixa dormía plácidamente y se deslizó hacia la puerta. Quitó los seguros y la abrió manualmente. Amanecía. El cielo estaba limpio de nubes y la cosmonave se hallaba varada en una playa arenosa.

Juny saltó fuera de la cosmonave, buscó las aguas y vio que se hallaban a unos veinte pasos de la orilla. Prolongó su vista a lo lejos y dedujo que estaban en el estuario del gran río, un río que. después de la tormenta, había descendido de nivel, por eso estaban sobre la arena.

Escuchó un fuerte silbido y se alertó. Fue entonces cuando vio una gran serpiente ondulando por las aguas. El reptil volvió su enorme cabeza hacia Juny pero prosiguió su rumbo hacia el océano. Era un ofidio gigantesco.

Juny suspiro de alivio al verla alejarse; no hubiera deseado tener que defenderse contra ella. La pistola estaba dentro de la cosmonave.

Husmeó en derredor.

Cerca había grandes masas de arbolado y le pareció bien, no era un mal lugar para recuperarse.

Regresó al interior de la cosmonave y tomó el cuerpo del mariscal Trang por los pies. Lo arrastró por la arena hasta llevarlo a un lugar que le pareció adecuado para cavarle una tumba en la arena. Después, depositó piedras sobre ella.

Se fue haciendo un día muy luminoso. Juny sacó también los restos de los androides que habían sido introducidos en la cosmonave *Raig* para asesinarles traicioneramente.

Cuando Mixa despertó, Juny la estaba mirando a los ojos.

—Juny, Juny, ¿dónde estamos?

—En un banco de arena, a salvo.

Ella miró en derredor.

—¿Y el mariscal?

—Enterrado, olvídalo.

—Juny, Juny, te quiero, te quiero.

Se abrazó a él sin importarle la desnudez de su cuerpo. Juny la besó. Ya no era la posible heredera segura de sí misma cumpliendo consignas; ya no tenía por qué engañar al terrícola para lograr que interviniera en un pleito entre civilizaciones en el que él no deseaba inmiscuirse.

Ahora todo era distinto.

Ella había estado en sus brazos. Juny había penetrado gozosamente en ella, sin violencia, con placer mutuo, un placer que ella antes ni siquiera había llegado a imaginar que obtendría.

—Tenemos que arreglar este cacharro.

—¿Tenemos?

—Sí, tú me ayudarás. Sabes pilotar una cosmonave, ¿no?

—Cierto, pero no entiendo demasiado de electrónica.

—No te preocupes, serán cosas fáciles, supongo que unos cuantos relés que bloquean los mandos. También habrá que secar y limpiar varios circuitos para que los motores puedan funcionar.

—¿Crees que conseguiremos reparar los daños?

—Lo hemos de intentar, cuando menos. Si la suerte está de nuestro lado, no será difícil. Es posible que pasemos aquí unos cuantos días.

—Y mientras tanto, ¿qué ocurrirá?

—Si te refieres a la guerra entre quiropnes y hukas, me temo que llevan las de perder los quiropnes.

—¿De veras crees que llevarán a cabo una guerra de total exterminio?

—Me temo que sí. pero pronto lo sabremos por el receptor de televisión.

—¿Funciona?

- Lo ignoro.

—¿Por qué no lo intentamos?

—Sí. podemos probarlo.

Encendió el receptor de televisión y buscó un canal apropiado. La imagen les llegó nítida.

—Parece una gran parada militar

—Sí, eso parece.

—Y frente al palacio. ¿Puedes subir el sonido?

Un locutor animador describía a las fuerzas milicianas que desfilaban utilizando muchas banderas que flameaban al viento.

Son los grandes guerreros del reino. La guerra contra los quiropnes está terminando nada más comenzar. Nuestras milicias limpiarán todo el planeta de esos seres que durante milenios nos han acosado y perseguido, y que han asesinado a la heredera Mixa, al mariscal Trang y al individuo terrícola.

—Mienten, mienten —repitió Mixa, furiosa.

- Ese tipo dice lo que le han dado a leer, lo que sucede es que le pone mucho entusiasmo.

—Y la reina, ¿de qué murió?

—Supongo que de algún veneno o le pararía el corazón de alguna manera. El coronel Shower no me parece de los tipos que saben esperar; es de los que actúan para alcanzar el destino, antes de que el destino llegue a él.

—¿Y no se podría evitar el genocidio de los quiropnes?

—No. Lo único que puedo hacer es lanzar una llamada especial para que quien pueda recogerla denuncie el genocidio de una especie inteligente.

—¿Crees que la atenderán?

—Sí, pero para cuando llegue aquí una comisión de investigación, ya no quedará un solo quiropne vivo. Además, en estos momentos sólo servirla para que nos localizaran y nos enviaran a un

regimiento de hukas para exterminarnos a nosotros también. Recuerda que en el plan debíamos morir, y hemos escapado con vida por muy poco. Si nos localizan, procurarán que no escapemos por segunda vez.

—Comprendo.

Juny cerró el receptor de televisión.

—Tengo alimentos en mi cosmonave, no pasaremos hambre ni sed gracias al rio que tenemos al lado, pero ándate con cuidado porque he visto una serpiente gigante por el río.

—Sí. hay muchas serpientes, pero algunas son herbívoras y otras sólo comen peces, no atacarán.

—Por si acaso, llevemos las armas a punto, puede aparecer alguna que sea carnívora.

Juny no estaba muy seguro de poder arreglar las averías de su pequeña pero efectiva cosmonave, pero no iba a contarle a Mixa las dudas que tenía para no desmoralizarla.

Por ello, con aparente entusiasmo, comenzó a desmontar los paneles donde se habían producido las averías a causa de los disparos hechos por los hukas.

Empezó a extraer módulos quemados, módulos electrónicos que ofrecían un aspecto deplorable.

Juny era un cosmonauta de muchos recursos, un terrícola aventurero que solía realizar larguísimos viajes interestelares utilizando velocidades hiper-mach-luz. Por ello, consciente de que en caso de avería no podía recurrir con facilidad a un centro de reparaciones de cosmonaves, llevaba consigo material para reparaciones provisionales y las piezas que tenían más posibilidad de avería; no obstante, había piezas muy concretas de las que carecía, ya que no era fácil que se estropeasen, salvo que alguien, como había ocurrido con los hukas que habían disparado sus armas, las destrozase. Y las averías aún podían haber sido peores de no haber estado las planchas metálicas de protección.

Al ver todos aquellos sistemas electrónicos quemados, Mixa no pudo por menos que desmoralizarse.

—No te preocupes aunque nos quedemos con alguna pequeña deficiencia. Todas las prestaciones no son siempre necesarias; claro

que en ocasiones la prestación que te falta es la que te sería más útil.

Pasaron las horas trabajando. Al atardecer, descansaron. Juny se acercó a las aguas del río y las miró con recelo.

—¿Qué te pasa? —preguntó la joven, acercándosele por la espalda y poniéndole la palma de la mano sobre ella.

—Me bañaría aquí. pero...

—¿Temes a las serpientes?

—Francamente, no me hacen ninguna gracia. En mi planeta sé cuándo y dónde puedo bañarme. Tenemos tiburones en los mares y océanos, y cocodrilos en los ríos. Podemos ser devorados, pero aquí tenéis tanta variedad de reptiles que no sé cuándo uno es peligroso o no. En la piscina que hay en vuestra cosmonave me sorprendieron mucho aquellas serpientes negras que eran masajeadoras.

—Es cierto, ni siquiera yo conozco todas las especies, pero tampoco son tan peligrosas nuestras aguas.

La joven se desnudó rápidamente y se sumergió en el gran río. Juny hizo lo propio y ambos nadaron.

El terrícola volvió a ver una de aquellas enormes serpientes. pero era distinta a la anterior. Esta tenía una multicresta que nacía en su cabeza y se prolongaba hacia la cola.

—¡Juny, fuera, fuera!

Nadaron rápidamente hacia la orilla. La serpiente les había localizado con su mirada y comenzó a nadar hacia ellos. Su velocidad era superior a la de los nadadores y parecía que fuera a alcanzarles. Mostraba unos grandes y estremecedores colmillos, no cabía duda de que era carnívora.

Juny braceó con gran ímpetu, dejando atrás a la muchacha que parecía iba a ser alcanzada por el voraz reptil acuático.

Cualquiera, al presenciar la escena, hubiera pensado que el hombre abandonaba a su compañera, mas no era así. El terrícola sabía que la única posibilidad de vencer a la bestia era haciéndose con un arma y su pistola estaba con las ropas, junto a la orilla, por ello salió del agua saltando como un felino.

—¡Juny, Juny! —gritó Mixa al verse alcanzada por la voraz serpiente de río que acercaba sus colmillos a la presa que era la bellísima mujer.

Juny asió la pistola. Caído sobre la arena, giró sobre sí mismo sin perder tiempo en levantarse.

Parecía ya que el cuerpo de Mixa fuera a quedar entre las fauces del ofidio de feroz aspecto cuando el disparo brotó de la pistola polivalente del terrícola.

La cabeza de la bestia se inflamó y estalló después, salpicando su sangre fría en derredor.

El cuerpo enorme, larguísimo, se convulsionó en las aguas provocando un oleaje en la espasmódica agonía mientras Mixa alcanzaba la orilla y corría en busca del refugio que le ofrecían los brazos de Juny.

Ambos miraron aquel cuerpo ya descabezado que se debatía en las aguas con gran violencia, movimientos de gigantesco látigo que fueron debilitándose hasta que la corriente se llevó aquel cuerpo aguas abajo, seguramente para convertirse en festín de peces u otros reptiles.

—Ya me parecía a mí que estas aguas eran peligrosas —suspiró Juny.

Aprovechando que entre sus brazos tenía a la todavía trémula Mixa, mojada y desnuda, la besó en los labios y ella se dejó caer sobre la arena.

Juny sintió que su cuerpo se electrizaba. Ella notó la fuerza, el poder de su virilidad y ansió guarecerla. Siguió besándola y la mujer no se entregó pasivamente.

Su instinto femenino le hizo participar activamente, gozando ambos del amor bañados por el sol de la tarde y acunados por el rumor del gran río que se deslizaba cerca de sus cuerpos que se estremecían y sudoraban agradablemente.

Los suaves gemidos de Mixa semejaron un gorgojeo de aves que sólo los oídos del terrícola pudieron oír.

CAPÍTULO XI

El arreglo de las averías no resultó tan fácil como Juny y Mixa hubieran deseado. Habían trabajado duro y descansado, gozando en la entrega mutua. Se habían aceptado como pareja y ya no existían diferencias ni recelos entre ambos.

En tres ocasiones, Juny trató de poner en marcha la *Raig* sin conseguirlo.

Secaron cuidadosamente todas las salidas de motores, revisaron una y otra vez los módulos repuestos y los empalmes eléctricos, pero algo no funcionaba bien.

Aquel lugar no dejaba de ser un paraíso, pero ambos sabían que tenían que marchar de allí. Estaban lejos de la gran guerra de exterminio que se estaría desarrollando entre el pueblo de Serpion y los alados quiropnes. En aquel paraje, sólo parecían existir ellos y los peces y los reptiles del río, pero ninguno de los dos deseaba inhibirse de cuanto estaba sucediendo.

—Luego intentaremos ponerla en marcha de nuevo; prefiero volar de noche.

—Hay detectores y radares —le advirtió Mixa.

—Sí, ya lo sé, pero pasaremos inadvertidos a los ojos que puedan escrutar el cielo.

—¿Y si nos atacan?

—Replicaremos. Si mi cacharro funciona bien, tenemos poder de ataque. La *Raig* fue construida como cosmonave de guerra aunque yo la utilice como viajera y pacífica, pero además, yo le he incorporado otras prestaciones que no poseía. Si funciona, confío plenamente en ella.

—¡Juny, mira ahí arriba!

Señaló al cielo. A lo lejos se veían unos puntos oscuros que avanzaban hacia ellos.

—Son aeronaves en formación de combate.

—¿Crees que nos habrán descubierto?

—Seguro.

Subieron al interior de la *Raig,* cerraron la portezuela y vieron llegar las cosmonaves que, sin previo aviso, comenzaron a disparar. El blanco parecía perfecto, pero Juny había puesto en marcha la campana invisible de protección y los disparos se estrellaron contra ella sin conseguir traspasarla.

—¡Vamos, arriba, arriba, funciona! —gritó Juny como si su cosmonave fuera humana y pudiera entenderle.

Los motores entraron en ignición. Se encendieron los pilotos luminosos correspondientes del panel de la computadora que sólo un experto podía comprender.

Los motores adquirieron fuerza y la cosmonave comenzó a elevarse.

—¡Esto funciona! —gritó Juny.

Las aeronaves de combate maniobraban por encima de ellos, disparando sin cesar.

Mixa preguntó:

—¿No nos pueden destruir?

—Si lanzan primero una bomba protomagnética, destruirán mi campana invisible de protección y luego sí pueden disparar sobre nosotros.

—¿Y crees que esas aeronaves poseen esa clase de bombas que

has dicho?

—No lo sé, pero si el coronel Shower se ha puesto en contacto con una empresa multiestelar dedicada a la fabricación de alta tecnología bélica como son los androides hukas, es posible que sí las posean.

La *Raig* se elevó con rapidez al tiempo que efectuaba disparos y las aeronaves fueron cayendo, abatidas e incendiadas. Otras estallaron en el espacio y dos se hundieron en el caudaloso río.

—¿Y adonde iremos ahora? —preguntó Mixa.

—Arriba.

Salieron de la atmósfera del planeta Serpion y Juny rezongó:

—Voy a hacerles una faena...

—¿Cuál?

—Los satélites artificiales que orbitan el planeta son los que nos detectan y posiblemente los que mantienen las telecomunicaciones entre los ejércitos. Voy a destruírselos y los dejaré incomunicados.

Metódicamente, gracias a sus detectores, Juny fue localizando a los satélites artificiales y disparó sobre cada uno de ellos, destruyéndolos sin contemplaciones.

—¿Y el astropuerto?

—No voy a atacarles. Allá habrá gente que no tiene por qué ser víctima de nadie.

Juny no dejó ni uno de los satélites artificiales del reino de Serpion. Después, se situó sobre el valle de los picachos rocosos y mediante las telecámaras, observaron lo ocurrido.

—Dios mío todo parece barrido.

- Así es. Han cortado todos los picachos, allí ya no puede haber vida. Según mis detectores, la temperatura es de doscientos grados Celsius.

—Es mucho, ¿verdad?

—Lo suficiente para que no quede ningún ser vivo.

—¿Quieres decir que han sido exterminados todos los quiropnes?

—Por lo menos, el pueblo que vivía ahí abajo, sí. Sólo quedarán las bandadas de quiropnes que viajen por otras tierras del planeta e imagino que estarán siendo perseguidas por los terribles y despiadados hukas.

—¿Y qué podemos hacer?

- Buscar al promotor de este genocidio.

—¿Al coronel Shower y a Ona?

—Sí.

Se dirigieron hacia el palacio real.

Desde una considerable altura y en medio de la noche. Juny disparó sobre todas las aeronaves que se hallaban en el aeropuerto real.

Machacó hasta las lanzaderas, de tal modo que no quedó ningún vehículo o nave capaz de remontar el vuelo. El aeropuerto se convirtió en un infierno que habría de durar varias horas.

Las baterías automáticas del palacio real comenzaron a disparar a ciegas, pues debían estar guiadas por los satélites artificiales que ya no existían. Sus disparos brillaban en la noche como chorros de luz, pero carecían de efectividad.

Con las luces apagadas, Juny hizo descender a la *Raig* hasta situarse por encima de las copas de los árboles. Se detuvo entre ellos, ocultándose en los jardines reales.

—Podría destruir todo el palacio, pero sería una barbaridad. Sólo hay que encontrar a la pareja maquiavélica.

—Yo te puedo guiar. Hay un pasadizo secreto sólo utilizable por la reina y sus descendientes.

—Entonces, cojamos nuestras armas y a por ellos.

Con las armas listas para disparar, corrieron por los jardines.

Mixa fue hasta una fuente, oprimió una piedra hasta hundiría casi un palmo y toda una pared giró sobre un eje, mostrando una

galería que se iluminó automáticamente.

—Vamos.

Entraron y corrieron por el pasadizo. Llegaron a varios tramos de escaleras y las subieron.

—¿Adonde conducen? —preguntó Juny.

—A la cámara real.

Un gran espejo giró en la cámara real y Juny y Mixa irrumpieron en ella.

Allí, frente a una larga y amplia mesa de consejos, estaba el coronel Shower convertido en rey y a su lado, Ona. Les rodeaban los consejeros, casi todos ellos militares.

—¡Mixa!

—Hola, hermana.

—Vaya, si es el terrícola —dijo el coronel Shower con una gran sangre fría.

—Lo preparó todo muy bien, incluso mi bloqueo cerebral con el disparo que me hizo Ona. Me ha utilizado para dar su golpe de estado, convertirse en rey y genocidar al pueblo de Quiropne.

—No entiendo por qué se enoja tanto, Juny. Usted mismo pudo comprobar que no eran más que salvajes.

—Sí, salvajes, pero inteligentes, con capacidad de evolución.

—Absténgase de recordarme la carta de la Unión Galáctica que protege a los seres sin civilizar... Vamos, Juny, usted es un hombre inteligente y creo que podemos tenerle como consejero especial. Naturalmente, será gratificado como merece.

—Coronel Shower, me repugna. Usted u Ona, da lo mismo, asesinaron a la reina Serpiana.

Se escuchó un cuchicheo entre los consejeros.

—Está usted muy nervioso, Juny. Creíamos que había sido asesinado por los feroces quiropnes.

—Se terminó la historia, coronel Shower y para ti también, Ona. Todos quedan detenidos.

—¿Detenidos? ¿Quién se cree que es, Juny? Sólo es un alienígena en este planeta; ni siquiera la carta de la Unión Galáctica de la que tanto habla le permite intervenir.

—Para lo que le conviene sí sabe utilizarla, ¿eh, coronel? De todos modos, se terminó. ¡Todos en pie! —exigió, tajante.

—Sea consecuente. Juny, no tiene ninguna posibilidad. Todo el ejército y especialmente los hukas están bajo mi mando. No tiene salida. Ha demostrado que es usted listo, cierto, y le voy a conceder la gracia de que escape por entre las estrellas. Ah, y hasta puede llevarse a la gentil Mixa.

Mientras hablaba, sin que nadie pudiera advertirlo, el coronel Shower oprimió un resorte del brazo de su butaca. Al poco, se abrieron todas las puertas de la sala del consejo real y aparecieron los guardias reales que ahora, desde que el coronel Shower accediera al mando, eran hukas.

—¡Al suelo, Mixa! —gritó Juny.

Comenzaron a disparar.

El fuego de las armas fue cruzado y varios consejeros resultaron alcanzados.

Ona intentó huir hacia la galería secreta, pero un disparo fortuito cortó la cadena que sostenía la gran lámpara y ésta cayó sobre la mujer, aplastándola con sus setecientos kilos de peso.

Mixa gritó de horror al ver a su hermana aplastada. Juny saltó sobre el coronel Shower y le puso su fusil polivalente por delante.

—¡Vamos, ordene a los hukas que se estén quietos!

Ante la inminencia de la muerte, el coronel tocó una de las medallas de su guerrera y los hukas quedaron inmovilizados.

—¡Ahora, llévenos a la sala de control general de los hukas!

—No conseguirá nada, terrícola, las fuerzas reales me obedecerán.

—Vamos, aprisa, y tú, Mixa, ven con nosotros.

El coronel Shower les condujo a una sala muy protegida donde un grupo de especialistas trabajaban frente a docenas dé pantallas que reflejaban los movimientos de las tropas de androides.

—Conque desde aquí los controlaba, ¿eh?

Sin dudarlo, Juny disparó su arma contra todos aquellos paneles de control. Y los terribles guerreros huka quedaron paralizados donde quiera que estuvieran.

Por detrás de Juny, el coronel Shower trató de huir. Mixa le disparó sin vacilar, carbonizándolo y poniendo fin a aquella traición.

EPILOGO

Mixa y Juny viajaban solos en la cosmonave *Raig*. Miríadas de estrellas, con infinitos planetas ignotos, se abrían ante ellos. Era el cosmos en su impresionante inmensidad.

—¿Adonde me llevas, Juny?

—Al planeta Tierra. Verás qué paraíso conseguimos hacer de él después de haberlo desolado con tantas guerras inútiles. Estuvimos a punto de matarlo de forma irreversible, pero logramos salvarlo y ahora está vivo y hermoso.

—¿Crees que la civilización Serpion sabrá seguir el buen camino?

—Pienso que has dado un gran paso al renunciar al reino y pedir la democracia. Los pueblos deben ser dirigidos por los mejores, claro está que no siempre acertarán al elegirlos, los parlamentos pueden equivocarse, pero para eso están los períodos electorales para rectificar los errores. Tendrán muchos fallos, pero la justicia acabará imponiéndose entre los seres de la civilización de Serpion.

—Esperemos que el tiempo te dé la razón.

Se abrazó a él mientras la *Raig* navegaba con un objetivo marcado: El planeta Tierra.

F I N

PUNTO ROJO

intriga...

ROJO

PUNTO ROJO

misterio...

ROJO



suspense...

ROJO

acción...

ROJO



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España